

Chimeneas de carne

*Una Historia del Frigorífico Swift de Rosario
1907-1943*



prohistoria
ediciones

Diego P. Roldán

Chimeneas de carne
Una Historia del Frigorífico Swift de Rosario
1907-1943



prohistoria
ediciones

Diego P. Roldán

Chimeneas de carne
Una Historia del Frigorífico Swift de Rosario
1907-1943



prohistoria
ediciones

Diego P. Roldán

Rosario, 2008

Roldán, Diego

Chimeneas de carne. Una historia del frigorífico Swift de Rosario, 1907-1943 / Diego P. Roldán;
- 1a ed. - Rosario : Prohistoria Ediciones, 2008.

88 p. ; 23x16 cm. (Crónicas Urbanas; 5 dirigida por Sandra Fernández y Gabriela Dalla Corte)

ISBN 978-987-1304-19-6

1. Historia Argentina. I. Roldán, Diego P. II. Título
CDD A864

Fecha de catalogación: 28/02/2008

colección crónicas urbanas – 5

ISSN 1669-5364

dirigida por Sandra Fernández y Gabriela Dalla Corte

Composición y diseño: Liliana Aguilar

Edición: Prohistoria Ediciones

Diseño de Tapa: Cuesta Abajo

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS

HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© Diego P. Roldán –  **prohistoria**
ediciones

Tucumán 2253 (S2002JVA) – ROSARIO, Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Cromográfica, Rosario, en el mes de junio de 2008.
Se tiraron 500 ejemplares.

Impreso en la Argentina

ISBN 978-987-1304-19-6

Para Cecilia

Índice

Prólogo, por Jorge Morales Aimar	11
Introducción	15
Capítulo 1	
<i>La industrialización de la carne, de Chicago a Berisso</i>	19
Capítulo 2	
<i>Un camino de expansión. El viaje de Berisso a Rosario</i>	35
Capítulo 3	
<i>Swift, entre Rosario y Villa Gobernador Gálvez</i>	53
Capítulo 4	
<i>Los rostros de la crisis: instrucciones de economía política</i>	61

Prólogo

Cuando leer es hacer

Pensar este texto supone plantear problemas teóricos, historiográficos y, en algún sentido, también políticos, aunque no necesariamente en ese orden. En todo caso, no pueden ser separados unos de otros, pese a que cualquier trabajo de análisis implique, precisamente, ciertas disociaciones a los efectos de poder intervenir con desahogo en cada uno de los elementos revisados. Desde esta perspectiva, la clásica comodidad del lector aquí se ve, si no cegada, sí bastante disminuida.

Habitualmente una tarea académica exitosa consiste en que, tras la separación y el testeado de los dispositivos del contenido, los cortes después utilizados deben reunirse en una suerte de apretada síntesis explicativa del fenómeno. Quizá en el caso del texto de Diego Roldán los distintos órdenes del discurso y los soportes de sus entramados, es decir, la operación efectiva de su escritura, no resulte tan sencilla, y se vuelva permanentemente contra el lector. Con todo, abriremos esta lectura negativamente, a los fines de poder encontrarnos, siquiera parcialmente, con el autor.

Para empezar, no es un libro marxista, pero allí están los moldes, las categorías y las preocupaciones del marxismo: la acumulación del capital, las relaciones de producción, las formas de la circulación, la actitud del capitalista y la situación social –y también política– de la clase obrera, no como mero énfasis en el sensible decorado de una preocupación social, sino casi como una clave que, curiosamente, al pretender abrirla, se obtura. Desde esa lógica, Diego Roldán reconoce que el esfuerzo del trabajador valoriza y amplía la influencia del capital, pero al mismo tiempo esa voluntad no está revestida de una mística al estilo de Ernst Jünger o por una toma de conciencia necesariamente progresiva (y progresista) en el enlace de cierto materialismo vulgar.

Si, en cualquier caso, se puede reconocer aquí un compromiso con el materialismo dialéctico, el autor ha cortado deliberadamente todos los puentes políticos que lo adaptaron simultáneamente a la utopía y al mecanicismo determinista.

Tampoco es un libro “liberal” –con sus desvíos tecnocráticos– y no obstante no sugiere la idea de que la clase trabajadora debe subvertir las condiciones “históricamente dadas” para la implantación de un nuevo régimen social, basado en el inevitable destino de clase emancipadora de todas las clases o en nuevos dispositivos institucionales ligados a la “dictadura del proletariado”.

No es un ejercicio estructuralista, aunque no desdeña la existencia de estructuras sociales cargadas de sentido, ni tampoco plantea un signo explícito de voluntarismo social. En este texto, las intervenciones subjetivas de los hombres no son inexcusablemente libres, sino por el contrario, están anudadas por vínculos a veces abiertos, otras veces secretos. Y aunque los hombres no son libres, sus maniobras tienen distintos significados, y sus posiciones un peso específico en la vida de los otros, que es la de ellos mismos.

Ahora bien, tampoco es un libro de sociología del trabajo o de la organización social, pero es innegable que se activa dentro de ciertos parámetros de la sociología. A la vez, toma muy en cuenta el valor de los cambios sociales a partir de determinada confluencia de acontecimientos, las crisis o por la instalación de nuevos módulos políticos o técnicos. Pese a eso, parece difícil ubicarlo entre las obras de historia, y menos aún, de historia política. Y sin embargo se desplaza dentro de las vertientes donde los hombres y sus acciones están ajustados a una especie de oscura telaraña tanto material como simbólica, aunque no por voluntad independiente de ellos mismos, sin que por esto sea, como sugerimos, un libro estructuralista. Aquí el suceder del tiempo y de la agencia existen, formando tramas de relaciones, condenando a los hombres a una u otra suerte.

Por otra parte, es bueno señalarlo, no es un trabajo de literatura –como habitualmente entendemos la ficción artística– y sin embargo interfieren en él fuertes imágenes, ceñidas al ámbito de la *poiesis* o de la creación imaginativa. En cualquier comercio de conflictos, las partes en pugna también producen en torno a lenguajes que notifican, con mayor o menor habilidad, los diferentes planos vitales.

Entonces ¿qué es? Borges decía que conformar libros en los estantes de una biblioteca es una suerte de crítica implícita. El historiador académico necesita, por otra parte, establecer los libros de tal modo que el mundo sea más ordenado y más visible, diríase comprensible, adaptado a las circunstancias. El orden académico, después de todo, es un mundo de trabajo (de relaciones sociales, como bien propone Roldán) y por lo mismo requiere que las herramientas utilizables estén en su sitio.

Si bien tiene una filiación académica, esta obra no es una manufactura formateada por el academicismo de prestaciones jerárquicas donde, al decir de Franklin Ankersmit, sólo se trata de exponer datos, saberes, problemas y aún soluciones que ya están aceptados de antemano. A diferencia de este tipo de costumbres “administrativas”, aquí el tema formula y reformula constantemente los artefactos teóricos y la organización narrativa, en función de una comunicación más intensa.

Por eso, si tuviera que enunciarlo rápidamente, arriesgaría lo siguiente: es un análisis de las relaciones sociales, que toma en cuenta tanto sus expresiones materiales como simbólicas, dentro de una constelación de fuerzas sociales, políticas, filosóficas (en contraposición a la “falsa conciencia”) y también económicas, dentro de un perímetro técnico. Aunque su complejidad es técnica, al mismo tiempo esa “técnica” no es insobornable (autónoma) y se reconoce contaminada por otros factores. También para el autor la ciencia y la técnica atesoran relaciones sociales y mutan en “ideología”, incluso en el manejo aparentemente imparcial del utillaje para la investigación en ciencias sociales.

A Michel Foucault le preguntaron en una oportunidad cómo definía el pulso de su obra. Éste respondió que producía “filosofía en canteras históricas”. En este texto, probablemente Roldán ejecute la acción inversa: hace historia en canteras filosóficas, pero no por ello es un libro foucaultiano, como se puede ser marxista, positivista o

weberiano. Hoy interpretar requiere una dinámica más flexible que la simple enunciación rutinaria de dilatados “tipos ideales” que sólo pueden congestionar el tráfico de la lectura, sin dejar detrás de sí más que unas vagas huellas que se borran en cada vuelta de página.

Si aún en el presente sentimos que la vida está en otra parte, la fijación memoriosa de un paradigma no consigue intervenir sino con relativa eficacia en el análisis de las sociedades. Un vehículo narrativo, dotado de seguros científicos, únicamente puede negociar dentro de un fragmento de la “verdad” y –tal como lo indicó Mauro Ceruti– cualquier síntesis totalizadora (aunque aumenta el prestigio del operador dentro del campo científico) no resuelve los problemas planteados.

En realidad, todas estas cosas están en su trabajo, sólo que –a la manera de Bertolt Brecht– suponen el distanciamiento del actor de teatro frente a la obra dramática. El lector de Diego Roldán, similar al público del dramaturgo alemán, tiene que pensar en lo que se narra, sin que participen en esa operación fuertes “emociones” políticas o ideológicas que atasquen la comprensión de los fenómenos tratados.

Hagamos contrabando con ciertos términos ya debidamente canonizados y usemos a Roland Barthes. De alguna manera, el texto de Roldán es *el grado 0 de la escritura*: allí se articulan todos los discursos, las prácticas, las técnicas. Y sin embargo ¿qué es lo que hegemoniza su escritura? ¿Cuál es el motor, si es que hay alguno, en el sentido aristotélico, tomista o marxista del término? ¿Y tiene que haber algún motor, en este tiempo de turbulencias? Quizá quien estuvo más cerca de comprender el texto fue, paradójicamente, quien lo rechazó.

Es, de alguna manera, una historia política, si por historia política entendemos la casi siempre trágica conjura de las relaciones sociales. Los que contrataron este trabajo esperaban una historia “técnica”, neutral, específica a la empresa misma. Roldán demostró que ese objetivo es admisible sólo si la historia que se narra está encajada, con mil hilos sutiles y abiertos, en la vida de los hombres. ¿Es un libro de historia entonces? Posiblemente, pero al definirlo así, lejos de aliviarnos, comienzan otros inconvenientes.

¿Es un libro de historia social o de historia política? Cuando todo parece indicar que es la primera opción, el conocido paisaje intelectual cambia y nos ubica en otro registro. Y aunque sus actores principales están ubicados en el ámbito de Rosario y Villa Gobernador Gálvez, no es un libro de historia local, ni regional. Tampoco es un libro de historia nacional o de contextos más amplios, como los continentales. La acción está ubicada en un contorno espacio-temporal puntual, pero las preocupaciones del autor pulverizan ese tipo de certidumbres y quietismos.

Por otra parte, si es un libro de historia “política” –en la configuración que hemos planteado– sus argumentos no revelan la jaula de hierro que apuntó Max Weber. Sin embargo, el autor muestra que, en estos contextos, a las oportunidades de transfor-

mación social corresponde apenas una moderada esperanza. El cambio, parece decir Roldán, viene desde arriba (en este caso con el gobierno de Perón) y, extrañamente, no es un libro subsidiario de las élites políticas y sus efectos sobre la población (sobre todo en los sectores vulnerables) porque, al mismo tiempo, el autor distingue claramente que la aparición de Juan Perón es también obra de un complicado movimiento desde abajo, en buena parte dirigido por la clase obrera, pero básicamente de masas.

Aunque los tópicos de elite y masa están circulando por el material, no es un libro cuya propuesta sea ubicarse en aquellas acciones desligadas del poder o de la elite dominante para lograr entender, en forma más “pura”, los fenómenos sociales o históricos.

En una cierta y muy delicada acepción, bien podríamos decir que es un libro de historia “global”, si bien eso no significa que esté pensando el mundo como punto de apoyo, desde el que emergen todas las variables. Acaso se dispare en estas múltiples direcciones porque, insistimos, es un libro de tramas sociales complejas.

Después de tantas y grandes y muchas veces trágicas experiencias históricas, sabemos que comprender admite otros significados, que están dispersos, dislocados, descentrados o ubicados en laberintos donde el ojo deja de reconocer lo visible e inmediato de cualquier práctica relacional. Dada la persistencia del desencanto (religioso o político, espontáneo o abastecido por la ciencia y la técnica) en el guión de Diego Roldán se advierte una nueva administración de las herramientas conceptuales y narrativas para intervenir en el orden de las representaciones humanas.

Por lo mismo, es difícil asentarlo en algún punto particular de la biblioteca. Sin embargo, no debemos olvidar que las ilusiones, las certidumbres y los relatos unívocos –incluso bajo los supuestos del humanismo y de la modernidad– han saturado durante décadas los cementerios, las cárceles y los campos de concentración de Oriente y Occidente.

Jorge Morales Aimar
Febrero de 2008

Introducción

“Tous les imbéciles de la Bourgeoisie qui prononcent sans cesse les mots: immoral, immoralité, moralité dans l’art et autres bêtises me font penser à Louise Villedieu, putain à cinq francs, qui m’accompagnant une fois au Louvre, où elle n’était jamais allée, se mit à rougir, à couvrir le visage, et me tirant à chaque instant par la manche, me demandait devant les statues et les tableaux immortelles comment on pouvait étaler publiquement de pareilles indécences.”

Charles Baudelaire (1887)

Hasta 2004, no había considerado motivo relevante para emprender la redacción de este libro. Entonces, indirectamente recibí el encargo de la firma Swift para acometer esa tarea. En principio acepté, casi irreflexivamente, los condicionamientos no parecían ser demasiados. No obstante, luego, las cavilaciones y los debates con mi compañero de proyecto, Manuel Molinari, se tornaron agridulces e interminables. Tal y como ocurre con todas las paradojas y contradicciones que no pueden ser saldadas, sin renunciar a la identidad de alguno de los términos que las componen. El libro, nosotros, sus patrocinadores, la construcción de los datos, la producción de las interpretaciones, la escritura, la impresión, la distribución, la venta, todos estos elementos danzaban y colisionaban en atormentados escenarios, sobre arenas inciertas y cielos de pesadilla.

Las preocupaciones históricas e intelectuales de los empresarios cárnicos no se presentaron demasiado amplias, mucho menos abundantes. Sus horizontes eran ante todo estrechos y sus intereses se mantenían a prudente distancia, su enunciación era velada aunque en ocasiones percutante. La celebración del centenario de actividad de la firma, el inminente traspaso de las instalaciones a capitales brasileños y la posibilidad de contar con un libro que retratara su gestión al frente de la empresa, constituyeron el norte que magnetizó su voluntad. Una voz ausente machacaba a lo lejos sobre la necesidad de culminar, en algún momento, una investigación y una escritura a la que los empresarios sólo prestaron el apoyo de algunos encuentros ocasionales y cansados.

Sin dudas, escribir por encargo de agentes profundamente involucrados en densas y tirantes relaciones de poder es difícil, máxime cuando conciben que el oficio de hacer libros está sutil y secretamente emparentado con el de faenar reses. Cuando piensan con el fervor de su silencio que se trata de un procedimiento automático e

irreflexivo; cuando creen, como tantos agentes sociales, que allí afuera, vaya uno a saber donde, existe un mundo sustantivo, objetivo, reproducible palmo a palmo en sus múltiples dimensiones a través de la bidimensionalidad del sintagma. Cuando quieren cerciorarse del carácter absoluto e indulgente del *ojo del observador*, inutilizando su óptica, adormeciendo sus sentidos, inhibiendo su capacidad de reconstruir las posibilidades por fuera del lenguaje preformativo, más allá de la orden que nunca se enuncia pero debe ser entendida y ejecutada sin desviaciones. Como siempre en estos casos, nunca llegamos a comprendernos, aunque no precisamente por los *ruidos e interferencias* contemplados por la teoría de la acción comunicativa. Articulábamos lenguas diferentes, vivíamos en mundos tan distintos. Transitábamos carreteras paralelas que sólo conseguían entrechocarse momentáneamente y sin consecuencias. Ambos permanecemos en nuestro sitio, más allá de nuestras percepciones, incomprensidos los unos para los otros, espantados en nuestra mutua contemplación y escucha, pero en el fondo siempre reinó una amarga indiferencia.

Trabajar para una empresa es absolutamente diferente de lo que puede pensarse. El historiador, habitualmente anestesiado frente a la relación social en que su producción se inserta, se encuentra constantemente mirándose al espejo y haciéndose las más insidiosas preguntas. Interrogándose en torno a esas cuestiones, eficazmente eludidas por la construcción pragmática del trabajo constante: qué estoy haciendo, para qué lo hago y en qué tipo de relaciones ingreso al hacer esto y, la más terrible de todas, en qué me convertiré cuando el último punto sea colocado.

Por fortuna, estas interpelaciones, acicateadas por la indiferencia y el trato bajo control remoto –a distancia– emergieron una y otra vez de las páginas blancas, enseñando sus ponzoñosos rostros y sus cabezas surcadas por mil infiernos. Allí, en el fondo de esos abismos, medraron las convicciones que hicieron que primero este trabajo fuera imposible, para luego trastocarse en repugnante e inaceptable para sus comitentes.

Fueron esos monstruos los que terminaron ganando las carillas, fueron sus escamas, sus absorbentes tentáculos y sus ojos planos los que dictaron la rebelión de las palabras que se alzaron contra ellos, enfrentando su imperativo de fealdad, horror, desidia y dominio. Sin dudas, Upton Sinclair y Raúl Larra, el autosacrificio de un senador provincial y la tuberculosis mortal de una empleada doméstica señalaron el camino. Dieron a las palabras una fuerza inaccesible al lenguaje *sui-referencial*, martillaron las paredes, obstruyeron las chimeneas y prestaron a las descripciones una dureza menos conveniente, una carnalidad menos complaciente.

Quizá este libro sobre la historia del frigorífico Swift no posea virtud historiográfica apreciable, probablemente no alcance siquiera a ser una pieza olvidable. Entonces, el hecho de su publicación no contempla más que una finalidad: exhibir aquello que los hombres no quieren saber de sí mismos, mostrar cómo la redención de ciertos pasados puede, aún hoy, herir la sensibilidad y amenazar la seguridad del *business man*, de los aparentemente dichosos gerentes del capital. Este pequeño libro es,

por tanto, el fruto de una profunda desgarradura, de uno y cien malentendidos, pero sobre todo, es una muestra de cómo la historia puede lastimar la vista de algunos hombres, hasta tornar su contemplación incómoda y cegadora. Entonces, sobrevienen los improprios respecto a la obscenidad de lo escrito, la depravación constituida por lo que llamaron “una historia demasiado politizada” y a la que prefiero aludir, más modestamente, como una historia no completamente domesticada.

Finalmente, cuando todo se resolvió, deviniendo la distancia en abismo, pero quizá también antes, cuando el último punto fue colocado, sentí que algo había cambiado para siempre. Este libro es el testimonio material e historiográfico de esa metamorfosis inevitablemente dolorosa.

Diego P. Roldán
19 de diciembre de 2007

CAPÍTULO I

La Industrialización de la Carne: de Chicago a Berisso

El Imperio de la Técnica: Mataderos y Frigoríficos en Chicago

“...el ganado era conducido por grupos desde los cercados a unas salitas comunicantes con caminos de cuatro metros y medio de anchura que, en plano inclinado, iban elevándose sobre el nivel de los cercados. Por estos caminos los animales avanzaban en un flujo incesante. Era cruel ver aquellos pobres seres marchar, apretándose unos contra otros, hacia su fin, completamente inocentes de la suerte que les aguardaba. Aquello era un verdadero río de muerte.

—Aquí no se desperdicia nada— dijo el guía, y en seguida se echó a reír y añadió un chiste, complaciéndole mucho el que sus inexpertos amigos lo considerasen de su propia cosecha: “Del cerdo se aprovecha todo, menos los gruñidos.””

Upton Sinclair (1905)

Las técnicas para la industrialización de las carnes fueron establecidas mediante la administración planificada de los tiempos y los movimientos de los operarios, y el aprovechamiento de la fuerza inercial de los animales. La primera estructura dinámica orientada a la organización de la producción industrializada de carnes emergió en la ciudad de Chicago. La urbe estadounidense albergó al dilatado barrio de *Stocks-Yards*, donde las casas Durham, Brown, Jones, Armour, Wilson y Swift emplearon métodos *racionalizadores*, en la facturación de carnes. Las dimensiones de esta producción crecieron hasta alcanzar estándares desconocidos en el pasado.

Hacia 1867, la ciudad de Chicago fue testigo de la instalación de un gran matadero en los suburbios, su patrocinador fue la firma Armour.¹ El mismo año, Haussmann, el Prefecto del Sena bajo Napoleón III, ordenó la construcción, en las afueras de París, de La Villette: el primer mercado nacional y matadero centralizado.² A diferencia de las características modernas del establecimiento francés, al otro lado del océano, el proceso de administración científica atravesó, paulatinamente, a los mataderos y las faenas, hasta convertirse, en las primeras décadas del siglo XX, en su elemento constitutivo.

Las modalidades *racionalizadoras* del trabajo fueron introducidas en las fábricas estadounidenses merced a la labor del ingeniero de la *Bethelm Works*: Frederick Winslow Taylor. Su libro *Principios de administración científica*, reseñó los experimentos y los resultados de sus métodos de “selección científica del trabajador”, desarrollados al finalizar la década de 1890.³ Taylor estaba obsesionado con desterrar el *soldiering*, práctica consuetudinaria de fábricas y talleres, que consistía en la autorregulación voluntaria y deliberada del esfuerzo y el ritmo laboral por parte de los obreros. Taylor consideraba que esas modalidades de trabajo “restringían artificial y sistemáticamente la producción”, haciendo imposible para la patronal conocer cuál era el tiempo *verdaderamente necesario* para el cumplimiento de una tarea u operación productiva determinada. A tal fin, Taylor se embarcó en un estudio meticuloso de la producción dentro de la fábrica, procurando suprimir toda porosidad en el trabajo y definiendo su *the one best way to do work*, es decir, la única forma correcta de realizar un trabajo.⁴ Taylor midió y cronometró movimientos y tiempos amparándose en el paradigma científico de la época, que indicaba la existencia de una realidad objetiva exterior al sujeto, capaz de ser regulada y prevista por un conjunto de leyes abstractas.⁵ Según Taylor, sólo había un modo correcto de efectuar las tareas fabriles, sólo había un mecanismo adecuado para alcanzar el resultado óptimo: aumentar la productividad.⁶

Taylor elaboró algunos preceptos para obtener una administración *racional*, y sobre todo más lucrativa de la fuerza de trabajo. En primer lugar, determinó el aislamiento de cada trabajador con respecto al grupo mayor de operarios y expropió a los trabajadores el control del proceso productivo, concediéndoselo a los representantes

¹ WADE, Louis Carroll *Chicago's Pride. The Stockyards Packintown and Environs in the Nineteenth Century*, University of Illinois Press, Chicago, 1987.

² VIALLES, Noélie *Le sang et la chair. Les abattoirs des pays de l'Adour*, Edition de la Maison des Sciences de l'Homme, Paris, 1987.

³ TAYLOR, Frederick Winslow *Principios de administración científica*, Editorial Herrero, México, 1961.

⁴ ANDREASSI CIERI, Alejandro *Arbeit Macht Frei. El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, El Viejo Topo, Barcelona, 2004.

⁵ COMTE, Auguste *Cours de philosophie positive*, 5 vols., París, 1830-1841.

⁶ BRAVERMAN, Harry *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1984.

de la dirección empresarial. Éstos ordenaban al trabajador las operaciones que debía realizar, al mismo tiempo, fijaban el nivel de producción que era menester alcanzar en una determinada unidad de tiempo. Además, Taylor indicó la descomposición intensiva y sistemática de cada proceso en sus elementos mínimos (elementales), que a la sazón eran los movimientos cronometrables. También procuró una ampliación del espectro de las retribuciones salariales, dando a los trabajadores un incentivo material para compelerlos a elevar su productividad.⁷

A comienzos del siglo XX, como lo atestigua el epígrafe, en los mataderos de Chicago, las actividades de obreros y animales ofrecían al espectador sus facetas reguladas y estandarizadas. La condición estratégica de la ciudad estadounidense, punto neurálgico de Estados Unidos, señaló a los empresarios la conveniencia de este escenario para la puesta en marcha de varias actividades económicas.⁸ Chicago se convirtió en la capital de la industria cárnica, de las acerías, los astilleros, el comercio de trigo y las grandes oleadas inmigratorias. Su crecimiento fue exponencial, prácticamente de la nada llegó a convertirse en una metrópoli en escasas décadas.

Al mismo tiempo que crecía la actividad de la ciudad, los obreros de las fábricas se organizaban.⁹ El 1° de mayo de 1886 la clase obrera de Chicago protagonizó una de las primeras manifestaciones y huelgas de los trabajadores reclamando la jornada de ocho horas. Unos días después, el cese de actividades y la movilización persistían. El 4 de mayo, durante una reunión de protesta de los trabajadores en Haymarket Square estalló una bomba que ocasionó la muerte de un policía, seguida por una descarga de disparos indiscriminados. Tras la confusión, resultaron muertos un número desconocido de manifestantes. Finalmente, la justicia resolvió el evento con cinco ajusticiamientos y tres encarcelamientos. El *affaire* de Haymarket fue durante años el símbolo del terror de la sociedad estadounidense hacia las ideologías anarquistas y socialistas y de la resistencia de la fuerza de trabajo a la explotación.¹⁰

⁷ CORIAT, Benjamín *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, Siglo XXI, Madrid, 1982.

⁸ CHANDLER, Alfred *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business*, Cambridge Mass, Harvard Belnap, 1977.

⁹ PACYGA, Dominic A. *Polish immigrants and industrial Chicago: workers in the South Side*, University of Chicago Press, Chicago, 2003.

¹⁰ La vieja plaza Haymarket ha sido partida en dos por una calle, del monumento allí levantado en conmemoración del desempeño de los policías, en aras de *salvar la ciudad* esa horrible tarde de mayo, sólo queda su imperceptible base. Varias estatuas colocadas sobre ella, incluida la original de Johannes Gelert (1889), han sido embestidas por tranvías (1927) y objeto de voladuras en reiteradas oportunidades (1969 y 1970). En estas dos ocasiones, el atentado fue adjudicado a un grupo clandestino de la izquierda radical estadounidense, denominado Weathermen, en referencia a una conocida canción de Bob Dylan (*Subterranean Homesick Blues*, 1965) cuya letra reza "No necesitas un meteorólogo para saber hacia donde sopla el viento." (You don't need a weatherman to know which way the wind blows) HANNERZ, Ulf *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993. Hasta fechas muy próximas, los símbolos y las violencias simbólicas se construyen, destruyen y

Las empresas consagradas a la industrialización de la carne celebraron acuerdos con las compañías de ferrocarriles; se trataba de abaratar los traslados de novillos con destino a Chicago mediante un sistema de bonificaciones. Asimismo, los empresarios procuraron minimizar la competencia acordando el recargo en los traslados ferroviarios de ganado encaminado a otras ciudades. A partir de este conjunto de convenios, Chicago se configuró en el distrito industrial para el faenamiento de mayor envergadura del territorio norteamericano: la Meca de la facturación de carne.

Aunque algunas partidas lograran eludir las reglamentaciones e impuestos del ferrocarril para hacer de Chicago el destino de los animales en pie, el *trust* de las carnes, formado en aquella ciudad, contaba con otros recursos para evitar las interferencias de la competencia y ocupar completamente el mercado. Así, estas grandes casas frigoríficas instalaban formidables carnicerías en ciudades que poseían otros abastecimientos; aglomeraciones urbanas que se resistían a consumir los productos elaborados por los frigoríficos de Chicago. Pronto la competencia de pequeños establecimientos menos dotados en capital, maquinarias, materia prima y fuerza de trabajo se hacía insostenible. El *trust*, atento a su nombre y fama, acaparaba todos los nichos de mercado disponibles: la demanda de carnes sólo podía ser satisfecha por su intermedio.¹¹

La organización de la producción en los establecimientos de Chicago se basaba en dos principios rectores. El primero, la incapacidad de estas industrias para detener la rueda de la producción. En el perpetuo girar de los engranajes, en sus ajustados encastres, radicaba la posibilidad de multiplicar las ganancias, de ampliar los beneficios empresariales. La voracidad de las máquinas y las utopías productivistas del capital hacían del proceso de industrialización un hecho continuo, inagotable, infinito; diseñado a la medida de fuerzas sobrehumanas.

“Todo se hacía metódica y maquinalemente, a pesar del horror que experimentaba, el espectador quedaba fascinado. Estaban presenciando la matanza tecnificada, la industrialización del cerdo mediante las matemáticas [...] La máquina de matar indiferente continuaba funcionando.”¹²

El segundo principio consistía en una inflexible división del trabajo. Si el cerdo tenía que aprovecharse totalmente, sobrando tan sólo los gruñidos, del obrero debía explotarse hasta la última de sus energías. Bajo las chimeneas de las enormes máquinas productoras de carne, se controlaban los tiempos y los movimientos, se establecía la

reconstruyen en Haymarket, formando un ciclo perpetuo de lucha por establecer la memoria y el sentido de aquel trágico y brutal acontecimiento.

¹¹ NEWTON JUDSON, Frederick “The Chicago Meat Trust Case”, en *The Law of Interstate Commerce and its Federal Regulation*, T.H. Flood & Co., New York, 1905.

¹² SINCLAIR, Upton *La jungla*, Orbis, Buenos Aires, 1985, p. 41. [1905]

velocidad de hombres y máquinas. La gravedad aceitaba los desplazamientos, acelerando el trozado de las reses, su preparación y el traslado de las vísceras y fluidos a través de intrincadas tuberías y canalizaciones. A comienzos del siglo XX, los procedimientos de facturación evidenciaron una deriva hacia la estandarización.

“Era aquello un espectáculo tal, que, una vez visto, jamás podría olvidarse. Los obreros trabajaban con una furiosa actividad; corrían, literalmente, de un lado a otro, y a nada podía compararse aquel ir y venir y aquella agitación [...] todo aquello era simplemente trabajo especializado en extremo, en el que cada operario tenía su misión particular, consistente, por lo general, en practicar sobre cada res no más de dos o tres cortes específicos, de modo que los hombres corrían la fila de quince o veinte reses para dar en cada cuerpo los cortes que correspondían.”¹³

Todavía era necesario el movimiento del obrero para asestar los cortes, las reses se mantenían en su sitio, no avanzaban movidas por poleas, pero los cortes realizados por los operarios eran precisos, iguales, rápidos y contados. Para estas fábricas y sus directores, la vida de todos los involucrados en la producción de los mataderos y frigoríficos eran pequeños accidentes en el constante corro de la producción. La continuidad de la explotación, en los momentos en que no irrumpían los conflictos – sabotajes y huelgas –, brindaba a los hombres de negocios la plañidera postal de una actividad autorregulada, la fantasía de una automatización total, incapaz de evadirse de un progreso continuo. Semejante situación era asegurada por los rígidos giros de engranajes y máquinas; por salarios miserables y condiciones de trabajo y de vida lastimosas. Para la construcción de esos colosos pletóricos de calderas y de humo industrial, ávidos de prosperidad, la fuerza de los brazos humanos era indispensable. La administración de esas energías debía ser implacable, a fin de que las máquinas y las ganancias medrasen a expensas de los músculos y las destrezas del hombre. De todas estas experiencias la firma Swift nutrió su pericia técnica, agregando, por supuesto, sus conocimientos en el procesamiento de carnes de conserva, congeladas y enfriadas. Precisamente, fue esta empresa la encargada de exportar sus capitales y su conocimiento, en el desarrollo de técnicas para la producción de carnes y la explotación de la fuerza de trabajo, a los australes rincones del que, por entonces, se presumía el país ganadero más rico del orbe: Argentina.

¹³ SINCLAIR, Upton *La jungla...*, cit., p. 45.

Frigoríficos y capitales extranjeros en la Argentina

“Qué lejos los días en que el gaucho extraña la lengua, algún costillar, y dejando el resto librado a la hambruna de los perros cimarrones y las aves de rapiña. Llegaría el tiempo en que ya no quedaría nada por industrializar.”

Raúl Larra (1953)

Durante las últimas décadas del siglo XIX, en Argentina se pusieron en marcha una serie de mecanismos sociales, políticos y culturales tendientes a favorecer el ingreso del país en la economía capitalista mundial. Del mismo modo, se procuraron políticas orientadas a unificar el territorio nacional. Se arbitraron dispositivos legales para abrir las fronteras a los capitales extranjeros y a la inmigración europea. Sin dudas, en esta primera etapa, las inversiones británicas en los ferrocarriles fueron las de mayor envergadura y notoriedad, dado que se ubicaban en un rubro estratégico para inicializar el proceso de integración del mercado interno. Los capitales extranjeros, también, afincaron sus economías en los trabajos de construcción, remodelación y sofisticación de los puertos para la exportación. Los logros más acabados de estos emprendimientos fueron inaugurados en Buenos Aires, Rosario y las adyacencias de La Plata. Asimismo, se establecieron las bases de una política encaminada a concentrar los resortes del poder en un Estado central, cuyos primeros atisbos fueron desarrollados durante la primera presidencia de Julio Roca (1880).

Gradualmente, estos procesos interactuaron y conformaron una sociedad joven y aluvial, surgida del trascendental impacto de la inmigración masiva. El resultado fue la integración de Argentina al capitalismo mundial, a partir de la llamada División Internacional del Trabajo. Este esquema, basado en un sostenido liberalismo económico, abrevaba en las formulaciones de David Ricardo en torno a las ventajas comparativas de los rubros más *competitivos* de las distintas economías nacionales. De manera que Argentina fue sumada al comercio mundial, y particularmente transatlántico, especializándose en la producción y exportación de bienes primarios, básicamente agropecuarios, y en la importación (consumo) de manufacturas. Este régimen de acumulación social fue conocido como Modelo Agroexportador y su vigencia, a pesar de sus crisis recurrentes, se extendió hasta la década de 1930.¹⁴

En esta fase de expansión económica, capitaneada por las exportaciones de productos primarios, se pusieron en marcha los procedimientos industriales para la producción y comercialización de las carnes argentinas. Se sabe que la actividad ganade-

¹⁴ PUCCIARELLI, Alfredo *El capitalismo agrario pampeano 1880-1930: la formación de una nueva estructura de clases en la Argentina*, Hyspamerica, Buenos Aires, 1986.

ra ha sido y es uno de los rubros prioritarios de la economía de nuestro país. La cría y, sobre todo, el engorde de ganado vacuno estuvieron en la base de la constitución de las ingentes fortunas de los terratenientes argentinos.¹⁵

Sin embargo, la industria del congelamiento primero, y la del enfriado después, fueron colocadas en manos de capitales extranjeros: primero británicos y luego estadounidenses, reservándose a las firmas nacionales una participación notablemente minoritaria.

Las técnicas de congelamiento de las carnes, ideadas por Charles Tellier, permitían realizar largos periplos transoceánicos sin correr el riesgo de la corrupción natural de estos productos; aunque el sabor de la carne congelada no resultara siempre óptimo.¹⁶ No obstante y como habitualmente en estos casos, los beneficios y las innovaciones tecnológicas comportaban altos costos. Los materiales, las instalaciones y la preparación de químicos necesarios para producir y mantener la temperatura de los buques implicaban una considerable inversión. Los capitales argentinos poseían una notable desventaja a la hora de enfrentar en estas empresas a sus pares extranjeros.

El principal mercado del mundo en general y de carnes en particular era Gran Bretaña. Durante el último cuarto del siglo XIX, la demanda inglesa de carnes superó ampliamente la oferta nacional, incluyendo a las colonias y los protectorados. Esta situación era consecuencia del ingente crecimiento urbano que la revolución industrial había procurado. A título de muestra puede citarse que Londres contaba, por entonces, con casi cinco millones de habitantes. Después de 1850, Inglaterra había sacrificado parcialmente su agricultura al desarrollo industrial. En consecuencia, ni las materias primas, ni la abundancia de tierras, ni el costo de la mano de obra podían competir ventajosamente con otras latitudes del globo.¹⁷

Al finalizar el siglo XIX, el poder adquisitivo de las masas urbanas británicas se incrementó, al mismo tiempo, su gusto en materia alimenticia se diversificó. Nuevos productos ingresaron en la dieta los habitantes de las ciudades inglesas, menguada había quedado la demanda de pan y papas, frente a la creciente apetencia por las carnes rojas. La importación de estos productos por parte de Gran Bretaña, siguiendo los imperativos de las ventajas comparativas y de la división del trabajo imperialista, fue la tendencia dominante.

¹⁵ RICHELET, Juan E. *La ganadería argentina y su comercio de carnes*, Editorial J. Lajouane, Buenos Aires, 1928; DÍAZ ALEJANDRO, Carlos "Tierras, agricultura y ganadería", en FERRARI, Gustavo y GALLO, Ezequiel *Argentina del Ochenta al Centenario. Economía y Sociedad*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980.

¹⁶ CALVET, Julio *Un siglo de frío en la ganadería argentina: recopilación de datos y apuntes históricos para una mejor comprensión del problema por los productores*, Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa, Buenos Aires, 1977.

¹⁷ HOBSBAWM, Eric *Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Ariel, Barcelona, 1977.

Hasta las primeras décadas del siglo XX, el Reino Unido fue el centro con mayor concentración de capital del mundo. La *city* londinense era el corazón del Imperio donde se definían valores y cotizaciones a escala mundial, invariablemente convertibles al patrón de cambio de la época: el oro, materia prima para el acuñado de las libras esterlinas. La flota mercante inglesa era inigualable. Su poderío hacía sencilla la sofisticación de las naves para el embarque de carnes desde la periferia con destino al amplio mercado británico.

Así, al principiar el siglo XX, la demanda de carnes procedentes de Argentina sufrió un incremento de consideración. Varias condiciones exteriores coadyuvaron a ese aumento. La crisis del mercado lanar francés, compelió a los productores a abandonar la cría de ovinos, pasando a preferir la producción de ganado vacuno. La guerra Anglo-Bóer redujo las reses disponibles en Sudáfrica. Al mismo tiempo, el conflicto bélico entre Inglaterra y Holanda, por el dominio de las colonias sudafricanas, procuró un alza en la demanda de los ejércitos comandados por Baden Powell, que, como toda tropa desde entonces, se convirtieron en voraces consumidores de conservas. Una ola de sequías combinadas con catastróficos incendios hizo mermar la disponibilidad de los ganados australianos. Por lo tanto, los dominios británicos se hallaban sumidos en una crisis que los incapacitaba para surtir de carnes a la capital del Imperio. Los envíos de ganado en pie a Inglaterra se tornaban engorrosos, máxime cuando se decretó el cierre del mercado a los animales procedentes de zonas afectadas por brotes de aftosa. La reglamentación puesta en vigencia sólo toleraba el ingreso de carne envasada o congelada.

Paralelamente, en las pampas se operaba una sostenida mejora en los planteles vacunos. Los refinamientos y el engorde de las razas progresaban año tras año. Las piezas criadas en la Argentina adquirían mayores atractivos para el mercado mundial, la producción ganadera inició un despliegue destinado a perdurar.¹⁸ La concatenación de estos factores arrojó a la Argentina en una carrera que la coronó como la nación más destacada en la exportación de productos cárnicos, destinados al consumo del Reino Unido.

La conformación de una demanda abundante, los elevados costos que suponían emprendimientos frigoríficos de alta tecnología, imprescindibles para abastecer los cuantiosos requerimientos británicos, fueron desplazando del escenario de la producción industrial y de la comercialización de las carnes a las firmas de capitales nacionales. Paulatinamente, la continuidad de las inversiones argentinas en estos rubros se tornó antieconómica, poniendo en guardia a los empresarios. Sobre este problema de la economía nacional gravitaba una poderosa sombra de duda. Desde el Centenario (1910), cundió la percepción de que las grandes empresas extranjeras, especialmente las norteamericanas, pretendían capturar no sólo la totalidad de la industria frigorífi-

¹⁸ GIBERTI, Horacio *Historia de la ganadería Argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1954. En especial "El frigorífico", pp. 159-192.

ca, sino que también tentaban hacerse con el monopolio del proceso productivo de las carnes, que incluía la cría y el engorde de ganado. Al menos así lo plantearon los hermanos Carlés en las cámaras legislativas, durante 1909. Aunque estos reclamos, de quien patrocinó con entusiasmo la formación de la Liga Patriótica, podrían ser considerados como reproches antiimperialistas, más bien se trató de requisitorias de profundo tono nacionalista. Antiimperialismo y nacionalismo: ideologías que sin dudas no están exentas de puntos de complementariedad.

A partir de 1902, los establecimientos frigoríficos medraron en la geografía argentina. El ciclo de expansión se inició aquel año con la irrupción del Frigorífico Las Palmas de capitales nacionales, concluyendo al promediar la década de 1920. Entre 1924 y 1926, se inauguraron tres establecimientos que evidenciaron la reorganización de la producción cárnica en territorio nacional, resultado de las primeras pujas por el control del mercado de las carnes, libradas, también, en torno a las cuotas de exportación.

Así, en 1924, se fundaron las plantas de Swift Rosario bajo la égida de capitales estadounidenses, y el establecimiento de la Compañía Saladeril en Concordia de origen nacional. Finalmente, en 1926 la nueva fábrica del Frigorífico Anglo, ubicada en Dock Sud, contestaba a las aspiraciones monopólicas de Swift, firma que contaba con dos instalaciones ciclópeas en el área de la Pampa Húmeda y el Litoral. Además, no deben olvidarse los establecimientos que Swift poseía en Puerto San Julián (1911) y Río Gallegos (1912), ambos emplazados en la Patagonia y especializados, con arreglo al ganado disponible en ese área, en la facturación de ovinos.

“En 1902 la Compañía Sansienena, propietaria del establecimiento de Avellaneda, inauguró un frigorífico en Cuatros, situado en proximidad de Bahía Blanca, y ese mismo año fue instalado el establecimiento de La Blanca, en Avellaneda. Entre los años 1904 y 1907 inauguran los suyos la Compañía Swift de La Plata, la Smithfield en Zárate y la Wilson en Avellaneda. Hay luego un pequeño paréntesis hasta 1911 en que ocurre la instalación del Swift en San Julián, en 1912 el Swift en Río Gallegos y en 1914 el Armour en La Plata. Durante los años 1916 y 1917 se instalan respectivamente el River Plate de Zárate y el Tierra del Fuego en Río Grande; en 1920 comienza a funcionar el Armour en Santa Cruz; en 1922 el de Puerto Deseado y finalmente en 1924 ocurre la inauguración del establecimiento de la Compañías Saladeril en Concordia y la unidad del Swift en Rosario; y en 1926 la de la Compañía Anglo en Dock Sud”¹⁹

¹⁹ ORTÍZ, Ricardo M. *Historia económica de la Argentina 1850-1930*, t. 2, Editorial Raigal, Buenos Aires, 1955, pp. 14-15.

La localización de estos establecimientos narra los imperativos empresariales de una búsqueda de zonas dotadas de abundantes materias primas, preferentemente de alta calidad, para la facturación de carne enfriada. El sur de las provincias de Córdoba y Santa Fe, hacia fines de la década de 1910 y comienzos de la siguiente, alcanzó una importancia cardinal en la producción de ganado de alto *standing*.

La necesidad de los frigoríficos de una nutrida mano de obra se expresa en la elección de las locaciones para construir sus plantas. La proximidad de importantes conglomerados urbanos, densamente poblados, parece ser el denominador común de estas operaciones. La contigüidad de las fábricas respecto a embarcaderos, asentados en cursos fluviales navegables y con salida oceánica, demuestra la necesidad de medios de transportes para la exportación de carnes. Además, la recurrente presencia de vías férreas indica el traslado por este medio de haciendas provenientes del interior, destinadas a las playas de matanza de los grandes complejos frigoríficos.

Swift: instalación en Argentina

“...para nosotros es motivo de orgullo el papel que hemos desempeñado en el desarrollo subsiguiente de las industrias ganaderas y la transformación en la República Argentina. Swift invirtió capitales adicionales, levantó nuevos edificios, instaló maquinaria moderna, y abrió nuevos mercados de consumo.”

Swift (1923)

Al concluir el siglo XIX, la industria norteamericana atravesaba un momento de consolidación y madurez. La producción de carnes mostraba su eficiencia y magnitud. Durante la década de 1890, los obreros de los mataderos de *Stocks Yards* (Chicago) feanaban diariamente cuarenta mil novillos. Esta cifra apenas alcanzaba a cubrir el consumo del formidable y flexible mercado interno norteamericano. Además, se enviaba, primero, ganado en pie y, luego, carne congelada hacia el no menos amplio mercado de Londres.²⁰

Al despuntar el siglo pasado, la mayor porción de la industria de la carne, y de la alimentación en general, de Estados Unidos se hallaba concentrada en cuatro empresas, popularmente conocidas como los cuatro grandes del *Trust Beef*: Armour, Swift, Hammond y Morris. Los empresarios de Chicago experimentaron ciertos traspiés con el mercado interno, éste se expandía a gran velocidad, la demanda se incrementaba y

²⁰ ORTÍZ, Ricardo *Historia Económica...*, cit., p. 13.

las cifras del ganado en pie resultaban ligeramente suficientes para el abastecimiento del consumo interno. La demanda americana dejaba a los frigoríficos sin disponibilidad de carnes para la exportación hacia Londres, plaza mercantil donde las ganancias eran más apetecibles. Además, las huelgas de principios del siglo XX, si bien no lograron atenuar la dura explotación que pesaba sobre los obreros ni las malas condiciones ambientales del trabajo, habían conseguido elevar el monto de los salarios, lo cual, a juicio de los empresarios, recargaba excesivamente los costos de producción.²¹

De manera que el capital norteamericano inició los estudios necesarios para relocalizar sus plantas, ampliando así el espectro de sus negocios y también el volumen de sus exportaciones. Ese desplazamiento debía conducir a zonas en las que la disponibilidad de materia prima fuera abundante y donde los jornales resultaran comparativamente más convenientes (baratos).

En la primera década del siglo XX, las áreas que potencialmente reunían esas condiciones eran: Argentina, Uruguay, el sur de Brasil, Australia y Nueva Zelanda. Hacia allí se dirigieron los capitales estadounidenses, adquiriendo establecimientos, demoliendo anticuados complejos y construyendo nuevas fábricas, en lugares sin explotaciones precedentes de tamaño escala. Una vez transplantados a Sudamérica, los capitales del norte tuvieron dos premisas: copar la producción industrial y controlar la circulación interna de la carne, con la intención de lograr ventajosas condiciones de exportación.

Las posibilidades de facturación de ganado altamente cualificado en otras zonas: el sur de Brasil, Australia o Nueva Zelanda, fueron desechadas, debido a la presión de exportar carnes enfriadas. Las tierras de Río Grande Do Sul eran poco aptas para producir ganado de engorde y alta calidad, lentamente se especializaron en la producción lechera y de carnes congeladas. El periplo transoceánico, desde los dominios británicos de Oceanía hacia Londres, tornaba imposible que la carne enfriada llegara en buenas condiciones; así, Australia y Nueva Zelanda fueron áreas dedicadas, principalmente, a la producción de carnes congeladas y a la industrialización de ovinos.

Bajo estas condiciones, las empresas estadounidenses iniciaron trámites para radicarse en suelo argentino. El país se ofrecía a ojos de los inversores como una plaza muy codiciada para sus intereses. Los capitales estadounidenses querían promover la exportación que habían iniciado, años atrás, con rumbo a Londres. Hacia 1900, estaban interesados en la explotación de la rica materia prima argentina, procesada por la escasamente costosa fuerza de trabajo autóctona. Estas premisas y logros, determinados a la consolidación y crecimiento de la inversión económica, fueron cristalizados en la primera década de esta aventura de exportación de capitales.

²¹ COHEN, Lizabeth *Making a New Deal. Industrial workers in Chicago, 1919-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

Sin dudas el capital norteamericano agilizó enormemente la sofisticación técnica de la producción de carnes en la Argentina. Claramente su intervención puede apreciarse en la vertiginosa alza que arrojan los índices disponibles sobre el volumen de exportaciones de la Argentina. Al mismo tiempo que en la Argentina se incrementaban las exportaciones dirigidas a Londres, en Estados Unidos se experimentaba el proceso inverso. La instalación de los frigoríficos norteamericanos en el país fue la causa eficiente de ese fenómeno. Hacia 1912, llegó a desaparecer la exportación de carnes estadounidenses con rumbo a Gran Bretaña, siendo esta cuota completamente reemplazada por la producción radicada en la Argentina.

Bovinos destinados a Gran Bretaña

Años	Desde Estados Unidos	Desde Argentina	Total
1901	1.900.000	24.919	1.924.919
1904	1.300.000	198.300	1.498.300
1908	800.000	864.000	1.664.000
1910	500.000	1.500.000	2.000.000
1911	100.000	2.151.000	2.251.000
1912	0	2.200.000	2.200.000

Fuente ORTÍZ, Ricardo *Historia económica argentina*

En segundo término, debe destacarse el mejoramiento de las razas de ganado vacuno, fundamentalmente debido a la intención de los americanos de exportar carnes enfriadas. Las carnes blandas, si bien poseen un tiempo de conservación menor que las congeladas (aproximadamente cuarenta días) presentan una calidad y un sabor enormemente superiores. No obstante, para alcanzar objetivos satisfactorios en este rubro es necesario que la materia prima sea de óptima calidad. Este razonamiento impulsó al mejoramiento de las razas bovinas en la Argentina y, a un tiempo, operó una perdurable división de los ganaderos nacionales: entre criadores e invernadores. La mentada escisión ocasionó efectos en la denominada política de las carnes.²²

Precisamente, el año 1907, marcó el inicio de las actividades de Swift en territorio argentino. Ese año, la firma estadounidense estableció algunos convenios para participar de las instalaciones del Cold Storage, inauguradas sólo tres años antes en la localidad de Berisso, próxima a la ciudad de La Plata en la provincia de Buenos Aires.²³ En pocos años, los capitales norteamericanos modificaron ostensiblemente la

²² SMITH, Peter *Carne y Política*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985

²³ Según la historia oficial, en 1907 Swift realizó algunos contratos, nunca se sabe bien cuáles, con el Cold Storage. En 1910 se fundó la empresa "La Plata Cold Storage", a partir de la fusión de esta empresa con capitales argentinos, cuyos orígenes tampoco son mencionados. Finalmente, en 1916, ignoramos por

fisonomía del antiguo complejo construido por la firma Coxton & Cubert. Posteriormente, la planta de Swift elevó numerosos e imponentes cuerpos varios pisos a nivel del suelo. Su diseño constituía una metáfora geométrica de la minuciosa división del trabajo y del aprovechamiento de la fuerza de gravedad que tendría lugar en sus interiores. La planificación del edificio rendía tributo a los supuestos constructivos aportados por la experiencia en Chicago.²⁴ Según Mirta Lobato, el edificio no se caracterizaba por su belleza; en general los frigoríficos dejaban mucho que desear desde el punto de vista estético y en la seguridad ambiental que brindaban a sus trabajadores, pero el funcionalismo era el rasgo más logrado y sobresaliente de su arquitectura.

Los interiores de la fábrica, la disposición racionalista del espacio y la funcionalidad de las estructuras prestaban a los interiores el aspecto de una ciudad en miniatura. Por una parte, en los planos conservados se percibe la segmentación de las dependencias, en aras de mejorar el rendimiento de los operarios, a través de una estricta y racional división del trabajo. Por otra, se aprecia la comunicación establecida entre las diversas secciones mediadas por cadenas, un sistema de tuberías y canaletas, que aprovechaban la gravedad para el desplazamiento de las partes y residuos de las reses sacrificadas en la cúspide del edificio. Las playas para la matanza se radicaban en los pisos superiores, los intermedios se consagraban a procesos que necesitaban tratamientos posteriores, finalmente, la planta baja era empleada para efectuar los últimos pasos de la industrialización de la carne.²⁵

Así, la organización edilicia era colocada al servicio del empleo de la fuerza inercial de las reses, combinada con la utilización de la gravedad para agilizar los desplazamientos de las partes una vez realizada la faena. El animal accedía a los altos del edificio, allí se ubicaba la playa de matanza, sus fuerzas eran capitalizadas en el ascenso y ulterior descenso. A tales fines se disponían aparejos y poleas para domesticar la gravedad inscripta en la disposición vertical de la arquitectura frigorífica. Además, este sistema reportaba ventajas en la disminución de los pesos netos. Luego, a mediada que la técnica fue desarrollándose, el proceso de traslado se tornó aun más ágil, con la introducción de zorras y, el empleo de norias impulsadas por motores. Semejantes dispositivos imprimían ritmo y velocidad a las diversificadas operaciones de matanza, descuartizado, preparación y factura de las reses.

Las variables tiempo y espacio eran unificadas, a la geometría y conectividad del interior fabril le correspondía la aceleración de los tiempos de tránsito y trabajo. Disminuir los recorridos, suprimir las cargas y acelerar los traslados de animales y sus

medio de qué artes empresariales o necesidades específicas, la firma adopta una nueva nomenclatura. *Swift La Plata SA. Commemorando su 50 Aniversario como Productores y Distribuidores Mundiales de Productos Argentinos*, Ed. Swift, Buenos Aires, 1957.

²⁴ BRIGGS, Lindy *The rational factory: architecture, technology, and work in America's age of mass production*, Johns-Hopkins University Press, Baltimore, 1996.

²⁵ LOBATO, Mirta Zaida *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Prometeo Libros/Entrepasados, Buenos Aires, 2001, p. 81.

partes eran los imperativos puestos en acto en los diseños arquitectónicos de las “catedrales del *corned beef*”. Las líneas puras y cierta obsesión por la simetría evitaban las dilaciones, balanceaban la estructura y minimizaban la existencia de reductos inescrutables al ojo del capataz. Dos ideas congruentes con la arquitectura racionalista organizaban la gestión de la mano de obra. La primera, suprimir la porosidad del trabajo, los tiempos muertos, el remanente de la jornada. La segunda, restar la capacidad de los operarios para controlar, por sus propios medios, el proceso productivo. Ambas condiciones fueron puestas en marcha merced a una arquitectura racionalista y funcional, a los Departamentos de Control de Tiempos, a los capataces y a la introducción de un ritmo sensible a los ajustes de velocidad de la maquinaria y al cronometrado de las actividades.

De cualquier forma, la industria del faenamamiento, de la carne enfriada o congelada y de las conservas, como todas las industrias capitalistas, no podía prescindir completamente de la explotación del trabajo humano. Incluso, tal como lo señalara José Peters, puede asegurarse que en estas industrias la automatización total era una utopía irrealizable.

“...en la industria de la carne es diferente. Las piezas, o sea los animales, que el obrero debe manipular, no son siempre del mismo tamaño ni están en las mismas condiciones. Y si bien es cierto que en aquellas industrias el trabajador ha sido suplantado por la máquina, en el frigorífico el hombre es acoplado a la máquina como una pieza más y debe moverse a la misma velocidad.”²⁶

Para 1915, Berisso se había transformado en un distrito industrial especializado en el procesamiento mecánico de las carnes. Los frigoríficos Swift (1907) y Armour (1915) se exhibían cual dos colosos fraguados en cemento, acero y hierro, cuyas imponentes siluetas reemplazaron, para siempre, a las precarias estructuras de madera características de los saladeros y frigoríficos precedentes.²⁷

La homogeneidad arquitectónica de ambas plantas y la gran capacidad instalada de estos frigoríficos, intentaba organizar el entramado de las nuevas relaciones sociales capitalistas, así como el espacio próximo a sus instalaciones. La plaza central, eje característico de la organización espacial de la ciudad y de los suburbios latinoamericanos, fue reemplazada por los numerosos cuerpos de cemento y las aguzadas chimeneas. Las campanadas de la Iglesia, ubicada por regla en los lindes de la plaza mayor, fueron sustituidas por los silbatos de las fábricas, que marcaban el tiempo cotidiano de los habitantes de estas barriadas obreras.

²⁶ PETERS, José *Crónicas Proletarias*, Esfera, Buenos Aires, 1968, p. 55. Citado en LOBATO, Mirta Zaida *La vida en las fábricas...*, p. 208.

²⁷ SILVESTRI, Graciela *El color del río. Historia cultural del paisaje del riachuelo*, UNQ/Prometeo, Buenos Aires, 2003.

Los vecindarios ubicados alrededor de los frigoríficos de capitales extranjeros albergaban, también, obreros de orígenes muy diversos. Quienes hallaron unos de los ejes articuladores de su vida alrededor de las grandes fábricas, debieron soportar condiciones de trabajo difíciles y un nivel de vida notablemente deprimido. La vida después del trabajo se caracterizó por el hábitat prestado por los conventillos o las casillas de materiales precarios, con índices de hacinamiento habitualmente altos, y cuya higiene estaba muy lejos de lo deseable. Estas condiciones de trabajo y de vida, sumadas a la percepción de magros salarios, acicatearon a los obreros para organizarse. Las primeras movilizaciones adoptaron la forma de huelga y sacudieron la producción de los grandes frigoríficos de Berisso en 1915 y 1917.

La Primera Guerra Mundial, con sus desmesuradas exigencias de abasto de carnes para los ejércitos beligerantes –fundamentalmente conservas– y la posterior caída de las exportaciones, enmarcaron los dos conflictos entre capital y trabajo más sobresalientes que debió afrontar Swift en los años 1910s.²⁸

En 1915, cuando la demanda de carnes creció, los obreros solicitaron el cumplimiento de las ocho horas diarias, pugnaron por mermar el extenuante ritmo de trabajo, por obtener mejores condiciones de higiene y por alcanzar un aumento y distribución equitativa de salarios. Por el contrario, cuando las carnes dejaron de venderse en el exterior los obreros iniciaron huelgas a causa de los numerosos despedidos producidos sin mediar ningún tipo de justificación por parte de la empresa. Además, Swift emprendió, con los grupos de su guardia privada y con el apoyo de brigadas de la fuerza pública, la dispersión de los obreros concentrados en las puertas de las fábricas, al aguardo de obtener trabajo.

El despliegue de violencia fue notable en la jornada del 3 de diciembre de 1917. Aquel día los obreros se adueñaron por la fuerza de las instalaciones; ese año, desde Rusia, llegaron noticias de una revolución bolchevique. La patronal no pudo más que mostrarse profundamente alarmada, y el miedo instintivamente tiende a la violencia. La represión del movimiento fue cruenta y los despidos subsiguientes numerosos. Aparecieron las primeras *listas negras* de obreros, allí se consignaba el nombre de quienes habían participado en las huelgas. La empresa perfeccionó sus mecanismos de seguridad, contratando mayor número de guardias privados y estableciendo un sistema de circulación de informaciones sobre las actividades políticas de los obreros dentro y fuera de las fábricas. La intromisión del disciplinamiento social y político sobre la producción y sus artífices traspasaba las murallas industriales, deambulaba entre las calles y hasta era capaz de escurrirse dentro de las viviendas.

La instalación de Swift La Plata en Berisso significó una modificación de gran relevancia para la industria de la carne en la Argentina: la introducción de técnicas modernizadoras, de formidables instalaciones, maquinarias y organización de la fuerza de trabajo. A estas transformaciones se aunó la producción con altas cotas de meca-

²⁸ LOBATO, Mirta *La vida...*, cit.

nización, que dejó a los frigoríficos de la firma en una situación de enorme ventaja en el rubro, frente a la escuálida competencia británica y argentina.

La integración y la diversificación de la producción de Swift, y de las empresas norteamericanas en general, constituyeron un indicio sobre el poderío de estas firmas. Asimismo, estas estrategias evidenciaron las dificultades que podían ofrecerse a quienes, como el capital británico, intentaran competir con ellas. Swift exponía el aprovechamiento exhaustivo de todos los subproductos, incluso empleaba los desechos de la faena del animal. En manos de la empresa, recaía la fabricación de un sinnúmero de derivados, no sólo aplicables al negocio de la alimentación, sino que también nutrían a la industria química, la agricultura, la producción de utensilios y de manufacturas en general.

“...todo el pelo del cerdo es recogido, secado y embolsado para ser luego industrialmente aprovechado [...] La moderna alquimia de la industria transforma un deshecho en oro de divisas, tan necesarias para la economía...”²⁹

²⁹ ROMERO AGUIRRE, Manuel A. *Ganadería Argentina...*, cit., p. 126.

CAPÍTULO II

Un camino de expansión. El viaje de Berisso a Rosario

Localización y construcción del Frigorífico Swift Rosario

“Para conocer a fondo un frigorífico no basta con visitarlo: ¡Hay que vivir en él! Corrales, baños para hacienda, playas para la matanza y faenamamiento, balanzas, cámaras frigoríficas, lavaderos, depósitos, saladeros, plantas de envasamiento y etiquetado, graserías, talleres, laboratorios, cocina, fábrica de aceite, hielo, molino de arroz, huesos y grasas; usinas, vestuarios, equipos contra incendios, restaurants, oficinas, muelles, tanques y muchas dependencias más están reunidas allí en aparente desorden, pero orientadas con una ubicación largamente estudiada, para simplificar al máximo el trabajo y aprovechar el tiempo...”

Manuel Romero Aguirre (1957)

Bajo el imperio de la *civilización* capitalista, la matanza de reses, la faena y el procesado de carnes fueron paulatinamente separadas del centro de las ciudades. La segregación espacial, en este caso protagonizada por el desplazamiento de corrales y mataderos hacia la periferia urbana, ocultó a los ojos de la sociedad el desagradable espectáculo de la matanza de cuadrúpedos.³⁰

La prudencial distancia que debían guardar los mataderos y las urbanizaciones y la necesidad de establecer una Inspección Veterinaria, que garantizara la salud de los animales antes y después de la matanza, fueron algunas de las consignas lanzadas por los médicos higienistas. Desde mediados del siglo XIX, estas prescripciones fueron

³⁰ AGULHON, Maurice “La sangre de las bestias: el problema de la protección de los animales en la Francia del siglo XIX”, en *Historia Vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, Instituto Mora, México, 1994.

atendidas con relativo rigor por los empresarios y los poderes públicos, aunque las excepciones no fueron poco abundantes. El poder político estipuló radios para la radicación de estas industrias, rotuladas en la época, dadas sus pésimas condiciones ambientales, como antihigiéncias, incómodas e insalubres.

La distancia que mediaba entre las urbanizaciones y los mataderos expresaba la aversión que la sociedad capitalista dispensaba a las modalidades de una violencia no encubierta, particularmente a las que involucraban el derramamiento de sangre. La vida cotidiana y la violencia debían ser pulcramente escindidas, su encuentro construiría una desviación de la norma. Asimismo, esta prudente separación mostraba la imposibilidad de adaptar semejantes actividades a la vida urbana, debido a la incomodidad que representaba el traslado de reses, la constante afluencia de mano de obra proveniente de los sectores populares y la permanente eliminación de desperdicios altamente contaminantes.

Desde 1878, la ciudad de Rosario contó con un Matadero Municipal. Edificio distinguido por su inocultable fealdad y su inexistente modernidad, pero que ensayaba, sin gran éxito, concentrar las actividades de matanza, faenado y procesado de las carnes a la respetable distancia de treinta cuadras del núcleo urbano. Hecho que, para el momento, constituía tanto una novedad como un gran esfuerzo por parte del municipio.

La localización de este matadero muestra la funcionalidad que el municipio asignaba al sur de Rosario. Las ordenanzas prescribían que esta zona debía constituirse en el sitio de instalación de los establecimientos consagrados al procesamiento de las carnes para el consumo del mercado local. Así, la espacialización del sur rosarino quedaría en manos de actividades económicas reputadas como *anti-higiénicas*.

A fines del siglo XIX, los alrededores de los mataderos fueron poblados por instalaciones precarias, mayoritariamente fraguadas en materiales poco durables (chapas y maderas), dedicadas a aprovechar los residuos de las faenas. Así, emergieron un buen número de curtiembres, graserías, triperías, paterías, jabonerías, algunos saladeros y, después, el vaciadero municipal de basuras.

Paralelamente, el extremo sur de Rosario, dos kilómetros más allá de los mataderos, era investido de propiedades y relaciones sociales marcadamente diferentes. Precisamente, el barrio Saladillo fue seleccionado como uno de los tres puntos excéntricos, junto con Fisherton y Alberdi, hacia los que la elite rosarina encaminó sus pasos durante el verano. Las tierras fueron regenteadas, primero, por el próspero inmigrante gallego Manuel Arijón y, a comienzos del siglo XX, por la urbanizadora Sociedad Anónima "El Saladillo". En ambos casos se trataba de una suburbanización configurada por un conjunto de mansiones aisladas, creada a fin de dar acogida a las elites rosarinas durante el estío. Estos grupos se alejaban del centro a consecuencia de las inusitadas marcas térmicas. También la letal epidemia de cólera de 1886-7 y el indeseable contacto con los recientes sectores populares, en su mayoría inmigrantes

que descendían en el puerto de Rosario en busca de trabajo y habitación, motivaron los desplazamientos de la elite del centro a los suburbios.³¹

Durante el período de entresiglos, los sectores populares se localizaron en los conventillos ubicados en la primera ronda de bulevares (Pellegrini y Oroño). Su presencia incomodó a las elites. Lejos estaban los grupos más encumbrados de la sociedad de desear entablar relaciones o contacto con grupos socialmente estigmatizados durante su tiempo de ocio.³²

En Saladillo las elites montaron instalaciones adaptadas para brindar confort a una población que, si bien se afincaba en las afueras de la ciudad, no pretendía pasar sus veranos privada de las comodidades que la urbanización solía garantizarle. Se diseñaron chalets, baños, presuntamente curativos, clubes de tiro, etc. Paulatinamente se dotó al barrio de todos los servicios indispensables: tranvía a caballo y luego a tracción eléctrica, adoquinado, aguas corrientes, luz eléctrica, etc.³³

Hacia mediados de los años 1910s., el sur de Rosario evidenció rasgos extremos y contradictorios. Por una parte era la sede del matadero municipal y el vaciadero de basuras, con sus obreros, matarifes, abastecedores, reses y tráfgo industrial. Por otra, a unos escasos kilómetros, ese mundo plétórico de sudor, trabajo e inmundicias era anulado bajo el saludable vergel que atizaba los deseos de esparcimiento y buena vida de la elite local.

Esta configuración paradójica del sur rosarino fue transformada brutalmente entre 1917 y 1924, cuando Swift La Plata Sociedad Anónima compró tierras donde instaló una fábrica, en la zona lindera a las mansiones de la elite.

A mediados de 1917, la firma Swift parecía dispuesta a adquirir terrenos para levantar una nueva planta frigorífica, símil de la existente en Berisso. La zona escogida fue la confluencia del Arroyo Saladillo y el Río Paraná, terrenos propiedad de la Sociedad Anónima “El Saladillo”. En esa coyuntura, la mentada sociedad atravesaba por una profunda crisis. Sus finanzas se hallaban en un estado muy comprometido. Las escasas ventas, arrojadas por la paralización de la industria de la construcción y por los efectos de la Primera Guerra Mundial, impedían recuperar la inversión inicial. En ese delicado contexto, apareció la providencial oferta de Swift. El frigorífico prometía adquirir una gran extensión, aunque ofrecía pagar un bajo precio.

La operación inmobiliaria, iniciada en mayo de 1917, fue cerrada entre Swift y la Sociedad Anónima “El Saladillo” por escritura n° 302, fechada el 2 de agosto de ese año. La transacción se verificó ante el escribano Don Eusebio Zabalúa. El terreno

³¹ PRIETO, Agustina “Rosario: epidemias, higiene e higienistas en la segunda mitad del siglo XIX”, en LOBATO, Mirta Zaida (ed.) *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de historia de la salud argentina*, Biblos – Universidad de Mar del Plata, Buenos Aires, 1996.

³² Sobre el concepto de estigma ver: GOFFMAN, Erving *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970.

³³ Me permito remitir al lector a mi trabajo ROLDÁN, Diego P. *Del ocio a la fábrica. Sociedad, espacio y cultura en Barrio Saladillo (1870-1940)*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2005.

contaba con un total de 589.615,49 m², abonándose \$1 m/n por metro cuadrado. La cifra equivalía a la mitad del capital inicial aportado por los miembros de la Sociedad Anónima “El Saladillo”, conformada en 1905 a los fines de adquirir, administrar, fraccionar y vender los terrenos de la sucesión de Manuel Arijón. Por lo demás, los terrenos estaban ubicados lejos de la urbanización y su incierto loteo sólo podría verificarse en un futuro lejano. La inversión de Swift era muy alentadora para la quebrantada Sociedad Anónima “El Saladillo”.³⁴

El diario *La Capital*, estrechamente vinculado a los intereses del Partido Demócrata Progresista y de la Sociedad Rural de Santa Fe, no ocultó una marcada simpatía hacia el emprendimiento.

“El establecimiento de frigoríficos traería a Rosario la movilización de importantes capitales contribuyendo a dar empleo a varios miles de trabajadores que con sus ganancias darían animación a una buena parte del comercio. Se comprende la conveniencia que existe en que los poderes públicos de la provincia y la nación den facilidades a la empresa de referencia [Swift] para la realización de sus propósitos.”³⁵

El anuncio de las obras determinó un profundo interés entre los vecinos, los comerciantes, el sector financiero y ganadero de Rosario. Ante la profunda crisis que se abatía sobre el país, el arraigo de la empresa norteamericana no podía ser más que una noticia venturosa. La opinión publicada entendía que una planta de Swift, situada en Rosario, se traduciría automáticamente en la consecución de nuevos puestos de trabajo, en la reactivación del mercado ganadero y del consumo interno. La importancia de este acontecimiento estribaba en la posibilidad de amortiguar los efectos de la marcada desocupación que, a consecuencia del cierre de los mercados internacionales durante la I Guerra Mundial, fustigó a la Argentina entre 1914-1920.

Una mega empresa de capitales extranjeros, como Swift, se constituía en el imaginario social en un poderoso paliativo para la desocupación imperante. Además, sus estructuras de cemento garantizaban una buena cuota de compra para el ganado de alta calidad que producían los hacendados del sur de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos.

Los propósitos iniciales de colocar a punto los trabajos de construcción cuanto antes fueron aplazados. La situación incomodó a los capitales rosarinos, *La Capital* no silenció cierto desasosiego ni resignó su marcada idiosincrasia política.

“Una nueva postergación han sufrido los trabajos que debían iniciarse para la construcción del gran Frigorífico Swift en los terrenos que la empresa adquirió en Barrio Roque Saenz Peña [deno-

³⁴ ROLDÁN, Diego P. *Del ocio...*, cit.

³⁵ *La Capital* 08/III/1917.

minación oficial de Barrio Saladillo]. La primera dificultad consistió en el desalojamiento de los pobladores que ocupaban los terrenos adquiridos. Desaparecido ese inconveniente parecía que los trabajos podrían ya iniciarse, pero con gran desilusión de los hombres que esperaban tener ocupación aquéllos deberán ser otra vez postergados por motivos que no se conocen.”³⁶

Difícilmente los resquemores de la firma norteamericana, a fin de iniciar la preparación del suelo y colocar los cimientos, pudieran estar representados por la ocupación ilegal de los terrenos. Aquellas barriadas miserables, privadas de urbanización regular, y sus humildes pobladores rápidamente fueron dispersadas. Al mismo tiempo, la yuxtaposición de la imagen de los usurpadores de tierras y de quienes hallarían trabajo en la construcción del complejo fabril, miembros sin duda de un solo grupo social, evidencia la forma recurrente en que los redactores de *La Capital* intervenían en fabricación periodística de la realidad. Antes bien motivos más poderosos se agitaban, *desconocidos*, en la aguas de la cambiante coyuntura financiera. La situación económica que se desprendía de la crisis originada en la Primera Guerra no aconsejaba invertir durante la depresión. Eran necesarias mayores seguridades, los empresarios esperarían a reconocer los signos de una recuperación destinada a durar.

La inicial ralentización de las exportaciones de carnes enfriadas a Londres, producida a comienzos de la Gran Guerra (1914), fue revertida al año siguiente, cuando la Corona Británica restableció sus compras de conservas con una inusual magnitud, a fin de abastecer a los ejércitos aliados. No obstante la abundancia de conservas detuvo en el mediano plazo las exportaciones. La inminente finalización del conflicto reconfiguró la agenda política de los países aliados. Las tareas de la reconstrucción europea dirigieron los fondos invertidos en conservas hacia otros rubros estratégicos.

Además, las violentas huelgas, acaecidas en Berisso durante aquellos años, reclamaban concentrar toda la atención de los funcionarios de Swift en su sede de La Plata. Asimismo, el mercado de carnes, con el recrudecimiento de la guerra submarina y la escasez de vapores, dificultaba el sostenimiento de altos los índices de exportación. Por entonces, las cuotas exportables eran disputadas agriamente por Swift, Armour, Anglo y la Sociedad Sansineana, cuyos enfrentamientos alcanzaron tal dimensión que fue imperiosa la intervención del Poder Ejecutivo Nacional para zanjar el conflicto.³⁷

Pese a las múltiples dificultades y dilaciones, puede afirmarse que el solar escogido por Swift para la radicación de la gran planta frigorífica tenía un valor estratégico. La extensión de terreno adquirida a la Sociedad Anónima “El Saladillo” consultaba las necesidades de la localización de este tipo de industrias, cuya producción esta-

³⁶ *La Capital* 30/VIII/1917.

³⁷ SMITH, Peter *Carne y Política...*, cit.

ba destinada casi integralmente a la exportación. En 1974, a cincuenta años de la inauguración de la planta de Rosario, Orfidio Martorana señalaba que su ubicación:

“...debía responder a conceptos de avanzada: disponibilidad energética, potencial mano de obra, vinculación a un desarrollado núcleo urbano, posibilidad de expansión. Esos y otros aspectos de su funcionalidad debieron ser analizados antes de elegir el predio que hoy ocupa y no fue simple casualidad que ése fuese el punto elegido para instalar la fábrica de entonces.”³⁸

El lugar más apto para localizar industrias de transformación de reses debe lindar con una zona de buen embarque. Así, el espacio seleccionado por el frigorífico Swift para construir su estructura se hallaba en tierras alejadas de la urbanización, sobre la margen sur del Arroyo Saladillo, lindantes con la ribera del río Paraná, en el vértice sur-oriental de la jurisdicción municipal de Rosario. En ese paraje el arroyo Saladillo se encuentra con el río Paraná, brindando una accesibilidad fluvial inmejorable para barcos de gran calado. A la vez, los terrenos se hallan en la jurisdicción de la por entonces Comisión de Fomento de Villa Gobernador Gálvez.

La inexistencia de municipio aseguraba a la empresa frigorífica ganancias adicionales. Si bien la ausencia de un ente municipal constituído representaba algunas dificultades para la provisión de servicios a la planta frigorífica, estos leves obstáculos fueron compensados largamente con una carga fiscal notablemente menor. Las amplias ventajas tributarias de las que gozó Swift se debían a la ausencia de controles exhaustivos y a las facilidades para su radicación y desarrollo de las actividades productivas y comerciales.

Este hecho queda patentizado al observar el cálculo de presupuesto de la Comisión de Fomento de Villa Gobernador Gálvez. En 1926, las regalías que arrojaba la actividad de Swift para el funcionamiento de la mentada Comisión de Fomento conformaban el 50% de sus ingresos. De modo que la pequeña comisión de notables, nombrada por el gobernador santafesino, resultaba inhábil para imponer condiciones al establecimiento industrial, ya que el Poder Ejecutivo Provincial había otorgado enormes facilidades para el establecimiento del frigorífico.³⁹

Una vez traspasados los óbices preliminares, las labores de construcción comenzaron. En primer lugar fue preciso nivelar el terreno para brindar mayor eficacia al aprovechamiento de la barranca, haciendo de ella un poderoso embarcadero. Los materiales de construcción fueron trasladados desde la ciudad de Rosario, a través del arroyo Saladillo. En ocasiones las malas condiciones del puente de madera extendido

³⁸ SWIFT (MARTORANA, Orfidio) 1924- Diciembre – 1974. *Reseña cronológica de cincuenta años de fecunda actividad*, mimeo, 1974.

³⁹ ET HCD (Expedientes Terminados Honorable Concejo Deliberantes) diciembre 1934, f. 5870. Tomo consagrado al Presupuesto 1935.

sobre el arroyo, o las cambiantes corrientes del cauce obligaron a establecer largos rodeos por Villa Diego. Los terrenos bajos y anegadizos fueron rellenados y se apuntaló con pilotes la construcción de la estructura de cemento, levantada en un suelo cuya baja estabilidad lo exponía a la erosión de las corrientes fluviales.

A mediados de 1923, la edificación de los sectores operativos indispensables para lanzar la actividad industrial estaba en marcha. La crónica del cincuentenario de la planta recuerda la disposición de corrales, playa de faena vacuna y dependencias subsidiarias, cámaras de congelamiento, sala de máquinas, calderas, planta de agua y salas de la Inspección Veterinaria.

El avance del montaje de Swift avivaba las expectativas de los grupos comerciales rosarinos. Al concluir 1924, estaba terminada la primera etapa de construcción. Por entonces, la fábrica se hallaba en condiciones de operar, aunque aún no consiguiera hacerlo en el máximo nivel proyectado.

Finalmente, el 30 de diciembre de 1924, desde el embarcadero de Swift Rosario, se despacharon 500 toneladas de carne congelada, sobre una nave de Lamport & Holtline, “El Murillo”, de bandera inglesa. La carga estaba destinada al puerto de Bremerhaeven, Alemania. El frigorífico, diseñado por el Ingeniero M. A. A. Burns, estrenaba sus instalaciones e inauguraba sus actividades de exportación.

En la ocasión las autoridades de Swift celebraron un *lunch* al que concurrieron funcionarios del municipio. En las páginas del matutino *La Capital*, por el lapso de dos días, aparecieron semblanzas del agasajo y reseñas de las palabras pronunciadas por los hombres públicos y los empresarios. La primera jornada del año 1925, la crónica se extendía sobre una buena porción de la sección destinada a los asuntos locales, prodigándose en elogios sobre el acontecimiento.

“Conforme anunciamos, tuvo lugar ayer tarde el acto inaugural oficial de la exportación de carnes congeladas del Puerto de Rosario al extranjero por parte del Frigorífico Swift, dando lugar esta fiesta a una elocuente exteriorización de la insuperable acogida que mereció este acontecimiento de parte de los representantes de las actividades vitales de nuestra ciudad [...] Me siento honrado al dirigiros la palabra en esta oportunidad tan grata para el comercio de Rosario. La iniciación de trabajos del primer frigorífico de esta importante región del país confirma las esperanzas que en el progreso de Rosario se habían puesto. El camino de prosperidad iniciado ha de continuar sin duda en el futuro, porque a ello es acreedor Rosario por su espíritu de trabajo y por las incalculables riquezas de su extensa región. Que el esfuerzo y la dedicación mostrados para su prosperidad por sus dignas autoridades, por su comercio, por su industria, por el trabajo de sus hijos y por el capital extranjero continúe para que el progreso de

Rosario alcance el alto exponente que la Argentina tiene derecho de esperar de él.”⁴⁰

De este modo, Swift Rosario principiaba el fecundo camino de las exportaciones de carnes por vía ultramarina, desde la que se había alzado con el título de segunda ciudad de la República. En octubre de 1925, Swift adquirió los terrenos adyacentes a su novel frigorífico de Rosario. La nueva superficie contaba con 21.551,31 m². En la transacción, que importó \$95.000 m/n, la “Liga Argentina contra al Tuberculosis” comité Rosario ofició como vendedora. La popular “Casa de Salud”, destinada a la curación de los tuberculosos, a través del contacto con el medio natural, fue vendida al frigorífico norteamericano.

El destino final de los terrenos resultó poco ortodoxo: la construcción de un campo de golf para el esparcimiento de los directivos de la empresa. Allí se disputaron importantes torneos y se distribuyeron altos galardones a los mejores deportistas, algunos de ellos se conservan en el museo de la empresa. Con el correr de los años y al calor de la difusión cultural de las costumbres, los usos de una parcialidad del predio fueron trastocados. Las superficies golfísticas acogieron en sus parcelas una pequeña cancha consagrada a la práctica de fútbol, allí se disputaron amenos torneos entre empleados y obreros de la fábrica. La cultura de masas hacía su trabajo, entretanto la empresa se mostraba dispuesta a integrar, mediante la regulación del tiempo libre, a sus empleados con la firma.

En 1929, a cuatro años de la inauguración, la construcción del frigorífico estaba casi acabada. Los diversos sectores operativos y su inmensa capacidad instalada imprimían un vertiginoso ritmo a la economía ganadera de la región. Posteriormente, en 1935, se habilitó la fábrica y refinería de aceites vegetales. Al iniciarse la década de 1940, se reemplazaron las tres chimeneas de hierro originales. En su lugar, se dispuso la simbólica torre de setenta y cinco metros, fraguada integralmente en hormigón armado, que aún exhibe su silueta entre los cuerpos de la antigua planta.

Actualmente, en las inmediaciones de esa torre, el viejo frigorífico se mantiene hermético, mudo ante la vista del observador que sólo es capaz de imaginar el tráfico de hombres y mercancías que lo animaron por casi setenta años. Aislada y ruinosa la chimenea emerge armónica en el concierto de hierros retorcidos que descubre la bajante del arroyo, su aguzada silueta parece querer aligerar la geometría del edificio que desbroza las hierbas de la ribera. La faz oculta del frigorífico se refleja en las aguas del río, aguardando paciente el arribo de barcos de carga que hoy esquivan sus orillas.

La exportación como guía, el mercado interno como amparo

La exportación de carnes enfriadas, congeladas y conservas era el rubro prioritario al que se consagró el frigorífico Swift de Rosario. Sin embargo, también el mercado

⁴⁰ *La Capital* 1/I/1925.

interno rosarino representaba dos atractivos para la firma: por una parte, era proveedor de fuerza de trabajo y, por otra, permitía colocar productos excedentes en sus carnicerías.

Se han señalado las preocupaciones que, al comenzar el siglo XX, manifestaron los hacendados sobre la radicación de empresas como Swift en suelo argentino. Durante los años 1920s., estos sectores tentaban construir grandes mataderos y frigoríficos regionales, pues temían que las firmas norteamericanas integraran el rubro agropecuario desde la cría del novillo hasta la venta de carne enfriada al extranjero. La posibilidad de materialización de una estrategia de integración vertical acicateaba los nervios de los hacendados, quienes, amén de la disparidad de fuerzas, intentaban equilibrar, al menos parcialmente, la ardua pulseada con los intentos de concentración de capitales y composición de operaciones productivas. Sin embargo sus intereses no eran intransigentes ni estaban absolutamente definidos. Si bien en un primer momento cundió la alarma, si los frigoríficos norteamericanos no intervenían en el proceso de cría y engorde, las relaciones y las percepciones sobre la trustificación del faenado, *packing* y enfriado de carnes de los ganaderos argentinos y sus instituciones corporativas se mantenían mayoritariamente condescendientes.

En un primer momento, los estancieros nacionales afirmaron que el camino para torcer el rumbo de la extranjerización de la producción cárnica consistía en la realización de emprendimientos de grandes dimensiones, co-financiados por el capital nacional y apoyados por subvenciones estatales. Pero, en esta disputa, no sólo entraban en juego los intereses de los grandes ganaderos, también, los establecimientos frigoríficos argentinos podían perder el control del mercado local, debido a que sus colegas norteamericanos conseguían surtir, a precios notablemente más convenientes, las necesidades de las masas urbanas.

La localización de la nueva planta de Swift obedecía a la proximidad de Rosario. Si bien el frigorífico no se encontraba dentro de la jurisdicción del municipio, podía usufructuar de los beneficios de la extensión de servicios, merced a la corta distancia que lo separaba del barrio residencial, construido en Saladillo. De modo que el frigorífico lograba tener acceso a la energía eléctrica, fundamental para mover los engranajes de la fábrica, mediante convenios de dudosa legalidad celebrados con la controvertida Sociedad de Electricidad de Rosario, cuyos capitales, también extranjeros, poseían su sede en Bélgica.⁴¹ Swift construyó un sistema para dotar de agua su planta a partir de canales y tuberías que se hundían en el Paraná, aunque su modalidad de filtrado de impurezas no fuera precisamente inmejorable. El tipo de actividad desplegada por la empresa hacía del agua un fluido de cardinal importancia para la rela-

⁴¹ Se ha calculado que entre el 11 y el 9% de la energía eléctrica producida por la Usina Sorrento propiedad de la SER (Sociedad de Electricidad de Rosario) era enviado a Villa Gobernador Gálvez, fuera de la jurisdicción municipal y vendido a Swift sin consentimiento de la Municipalidad de Rosario. *Informe de la comisión fiscalizadora e investigadora de la "Sociedad de Electricidad de Rosario"*, Talleres Gráficos Pomponio, Rosario, 1935.

tiva conservación de la higiene, facilitando el lavado de reses y trozos, así como la eliminación de los desperdicios, y el abastecimiento de líquido para sus trabajadores.

Los accesos ferroviarios eran abundantes en la zona, permitiendo, por este medio, el arribo de hacienda, proveniente del interior. Las inmediaciones de Swift eran atravesadas por las vías del Ferrocarril Central Argentino, el Ferrocarril de Rosario a Puerto General Belgrano y el Ferrocarril a la Provincia de Buenos Aires, este último dividía el conjunto de las manzanas urbanizadas en Villa Gobernador Gálvez. De igual forma, la ubicación de la fábrica aprovechaba el tendido de los circuitos camineros: tres accesos norte-sur estaban disponibles, ordenados de oeste a este: Bv. Oroño, San Martín y Ayacucho.

Sin dudas, J. Hudson, el director del frigorífico, además de sopesar estas ventajas, evaluó las posibilidades que brindaba la proximidad a un mercado de las dimensiones de Rosario. Según el censo levantado en 1926, bajo la intendencia de Manuel E. Pignetto, Rosario albergaba a mediados de aquel año a 406.469 habitantes.⁴² Cifra cinco veces inferior a la población de Buenos Aires, pero que, en aquel momento, carecía de parangón en el resto de las ciudades argentinas. Las cifras del censo eran presa del desmedido optimismo de los funcionarios públicos, pues Rosario posiblemente en la época no contara con más de 300.000 habitantes.⁴³

Al principiar los años 1920s., con la recuperación de las cosechas, la reapertura del mercado internacional y un ciclo de prosperidad para las exportaciones, Rosario se convirtió en una plaza comercial en sostenida expansión. Esta coyuntura favorable tornaba a la ciudad y su zona de influencia espacialmente propicias para las inversiones de gran envergadura. Swift ensayó capturar una demanda potencial en expansión, destinada a completar los dividendos que arrojaban las exportaciones, dando, a la

⁴² Tercer Censo Nacional Departamento Rosario, Bajo la dirección de Juan Álvarez. Documentación Manuscrita, 2 vols., Rosario, 1914 y *IV Censo municipal levantado el 21/X/1926 bajo la dirección del Dr. Domingo Dall'Agnese, en Revista de la facultad de ciencias económicas, comerciales y políticas*, tercera serie, t. IV, Rosario, 1933.

⁴³ El censo de 1926 jamás fue reconocido por la autoridad municipal, se calcula que sus cómputos totales de población arrojan 100.000 habitantes por encima de la realidad. Sin embargo la Dirección de Estadística consideró el presunto medio millón de habitantes como base cierta para sus cálculos tendenciales de aumento de la población. Por lo demás, las discusiones en el marco político-administrativo del municipio siempre invocaron esta cifra al referirse a los adelantos de Rosario. Además, la cifra acreditaba la casi duplicación de la cantidad de escaños en el Concejo Deliberante de Rosario y ampliaba significativamente la representación del Departamento Rosario en las Cámaras Legislativas Provinciales. Hecho que incomodó tanto a las autoridades locales como provinciales. Sin dudas el dato que da por tierra los valores recogidos por el censo de 1925, lo constituye el Censo Nacional de 1947, en él se comprueba que Rosario poseía una población de alrededor de 467.000 habitantes, la cifra sólo se había incrementado en 60.000 habitantes en el lapso de 22 años. Este movimiento demográfico resulta ciertamente improbable. Sobre la estadística censal en Argentina puede consultarse el excelente trabajo de OTERO, Hernán *Estadística y Nación. Una historia conceptual del pensamiento censal en la Argentina Moderna 1869-1914*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2006.

vez, salida a los productos cárnicos y promoviendo la colocación y realización en el mercado de sus subproductos.

Este apéndice, representado por el mercado rosarino, resultaría central en caso de que los ciclos de exportación y los mercados internacionales presentaran comportamientos regresivos, caracterizados por el repliegue de la demanda. El mercado latente, ubicado en la inmediata ciudad de Rosario, no sólo podría proveer al frigorífico de consumidores, además el núcleo del interés estribaba en el reclutamiento de fuerza de trabajo para dar vida a las faenas de la planta.

Los obreros llegaban a la fábrica por varias rutas, la más frecuente era la estipulada por las líneas 8 y 11 de tranvías eléctricos. Sintomáticamente, en 1925, la línea 8 extendió su recorrido hasta Villa Gobernador Gálvez. Meses después, se estipuló la creación de una línea 8 bis para servir exclusivamente al frigorífico. En la misma década el servicio de ómnibus, prestado por las líneas "L" e "T" contribuyeron a encaminar el flujo de los trabajadores hasta los portones del frigorífico. Otros obreros, que compartían sus labores entre el frigorífico estadounidense y el matadero municipal, llegaban a pie o en bicicleta desde barrio Tablada, bordeando el camino que describen las vías de los ferrocarriles y la costa del río Paraná.

Los volúmenes de producción no exportables que arrojaba Swift, fundamentalmente originados en hacienda de segunda calidad o en pedidos caídos, debían ser colocados en un mercado alternativo. La plaza rosarina se ofrecía apta para estas operaciones. En marzo de 1925, a sólo tres meses de su inauguración, el frigorífico solicitó autorización al municipio de Rosario para ingresar carnes a su jurisdicción. La petición fue recibida con recelo por parte de los abastecedores y de algunos sectores de la Sociedad Rural de Rosario.

La conquista del mercado local por parte de la firma estadounidense imponía recaudos. La otrora elogiosa oratoria, que envolvió las manifestaciones de estos mismos sectores cuando la planta estaba en proceso de construcción, se desvaneció con el correr de los años 1920s. La introducción de carnes y de hielo por parte de Swift al municipio de Rosario, la primera destinada a abastecer las carnicerías locales y el segundo comprado por la Municipalidad para surtir a sus hospitales, generaron un considerable número de procesos judiciales por liquidación de pagos que se extendieron hasta los años 1940s. Estos conflictos delatan las contradicciones que rodeaban al municipio rosarino. La ciudad y sus autoridades eran conscientes de la necesidad de abastecerse de productos provenientes del frigorífico, no obstante sabían que sostener esa relación podía conducir a una indeseable dependencia respecto a Swift. En medio y debajo de esas oposiciones, entre la autonomía y la heteronomía respecto a la gran empresa frigorífica, cavilaciones de las que en ciertas coyunturas económicas participaban los ganaderos de Santa Fe, se construyeron las prácticas del Municipio y la Sociedad Rural de Rosario en relación a Swift.

Organización de la producción. Las formas del taylorismo

“El zumbido de la noria era como una orden –apresurar, apresuarar–, invadía los músculos y dictaba los gestos que al andar tornábanse mecánicos, independientes de la voluntad.”

Raúl Larra (1953)

La noche aún colmaba la escena. El neblinoso aliento matinal del arroyo se mezclaba con el vaho asentado en las barrancas del río. Tres chimeneas de chapa vigilaban desde lo alto los movimientos. Tranvías, bicicletas y hombres de a pie, demasiado presurosos para la hora y para el sueño, daban al paisaje un contorno de inusitada agitación noctámbula. La oscuridad se prolongaba, atrás había quedado el calor del mate templado por las llamas del bracero. El frío curtía las carnes y helaba los huesos. La mole de cemento se desperezaba, los estridentes silbatos estallaban en la atmósfera y arracimaban a hombres y mujeres en las proximidades del hermético portón.

De pronto los candados se aflojaban, la puerta se entreabría y asomaba el capataz. La custodia formada por hombres de a caballo estaba dispuesta a dispersar a quienes no se resignaran a quedarse fuera. Los potenciales trabajadores se apiñaban con frenesí. Empujones y golpes, en la mayoría de los casos involuntarios, allanaban el camino hacia la garganta de la fábrica.

Para obtener un puesto en el frigorífico los obreros debían ser vistos por el capataz. Cuando el ojo del seleccionador de trabajadores los alcanzaba, aquilataba sus virtudes, inscriptas, por regla, en la generosidad de sus músculos y estructura ósea, en un rostro sumiso y en la obediencia producida por la falta de trabajo. Estar entre los elegidos para ingresar constituía un triunfo, se había logrado arrancar un moderado premio a la inhóspita madrugada, entonces, un relámpago de alegría recorría el cuerpo del obrero. Luego, la inspección médica. Lentamente, el júbilo original se disipaba en el infernal ajeteo, el rechinar de los hierros, el zumbido de los motores, la marea de las canaletas y la hipnosis de las norias. *La vida en las fábricas* no era cosa sencilla. Lo que allí dentro se dejaba, lo que el frigorífico demandaba, jornada tras jornada, se hacía cada vez más difícil de reencontrar.

El mundo del barrio se desencantaba, las esquinas se transfiguraban en bifurcaciones de secciones. Los sueños, al igual que la vigilia, eran protagonizados por el agónico trabajo, por el imperturbable movimiento de los motores y los brazos. La subjetividad se poblaba por el sin sentido de días idénticos, amontonados en una memoria que sólo podía reconstruirse a través de los cambios operados en los ojos y la estatura de los hijos. Pues son ellos, como dejó anotado un obrero del frigorífico, la más certera medida del tiempo.

En un libro reciente, se ha argumentado que la introducción de las técnicas, destinadas a organizar científicamente el trabajo en las fábricas de la región, fue procurada por las empresas británicas. Los talleres de los ferrocarriles, básicamente el Central Argentino, y la Refinería Argentina de Azúcar, afincada a fines del siglo XIX en la zona norte de Rosario, habrían sido los responsables de tal introducción.⁴⁴ Más allá de esta constatación, es posible afirmar que la vanguardia en esta forma de organización de la producción fue motorizada en Argentina por la industria frigorífica, propulsada por capitales estadounidenses. Empresas, capitales y, sobre todo, relaciones sociales provenientes de la cuna de la producción y la sociedad masivas. Sin dudas, la referencia obligada para tratar estas temáticas es la obra de Mirta Zaida Lobato, quien ha consagrado buena parte de su carrera a investigar y analizar los procesos de trabajo en la industria frigorífica.⁴⁵

Justamente, las empresas estadounidenses (Swift y Armour) habían acumulado una notable experiencia en esta metodología de gestión de la fuerza de trabajo. Sus protocolos de funcionamiento, aceitados en Chicago, entre 1915 y 1940, fueron transplantados y perfeccionados en Argentina. Como se ha visto, la arquitectura de los frigoríficos colaboraba con la separación y conexión de los espacios, la disposición espacial era una cristalización de los criterios afincados en la maximización de la división del trabajo y de la *racional* explotación de las energías de animales y obreros.

“En la playa de matanza de bovinos un animal pasaba, desde que entraba a la playa de matanza hasta que salía para las cámaras frías, por las manos de aproximadamente cuarenta obreros en un lapso de cuarenta minutos, aunque en días de intensa matanza [el lapso se redujera]. Esto implicaba que cada trabajador debía realizar un solo movimiento en un tiempo determinado. Golpear con la maza, seccionar los vasos para producir el desangramiento, garrear patas y manos, desprender el cuero de la panza, de los cuartos, de la grupa, quitar la cola, despanzar, serruchar el pecho, cortar la cabeza, recoger coágulos y recortes, lavar y secar la res [...] El parcelamiento de las tareas se repetía en todas las seccio-

⁴⁴ FALCÓN, Ricardo *La Barcelona Argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario 1870-1912*, Laborde Editor, Rosario, 2005.

⁴⁵ LOBATO, Mirta Zaida *El 'taylorismo' en la gran industria exportadora argentina (1907-1945)*, CEAL, Buenos Aires, 1986; *La vida en las fábricas...*, cit. y “Organización, racionalización y eficiencia en la organización del trabajo en la argentina: el sueño de la americanización y su difusión en la literatura y la prensa” *Americanización: aspectos culturales, económicos y tecnológicos de la transferencia de un modelo. Los Estados Unidos y América Latina en el siglo XX*, Conferencia regional preparatoria de la sesión plenaria 41 “Americanisation: Cultural Transfers in Economic Sphere in the 20 thCentury. Economic and Technological Aspects in Developed and Developing Countries”, del XIII Congreso Internacional de Historia Económica de la International Economic History Association, Buenos Aires, 2002.

nes salvo en aquellas en las que las labores se emparentaban con las del campo, como las que se cumplían en los corrales donde se entraba y sacaba hacienda, se le suministraba agua y alimentos y se las embretaba hacia el ‘corral de baños’ o en secciones como guano.”⁴⁶

Las labores de Swift estaban escindidas, la intención de la empresa era separar tajantemente el trabajo intelectual del trabajo físico. Así, se dispusieron oficinas de planificación y ordenamiento de la producción, oficinas de cuantificación y control y, finalmente, las salas en que se ejecutaban las consideraciones recomendadas por los técnicos para alcanzar el óptimo desarrollo de las tareas, dictada por el trinomio productividad-minimización de los costos-eficiencia. Esos departamentos técnicos efectuaban innovaciones en torno a las formas de dinamizar los transportes de cargas, el trozado de las carnes, su higienización y el aprovechamiento de las vísceras. Menguar los márgenes de tiempo era el imperativo, acelerar la producción fue la meta. La fría sombra del ingeniero se recortaba sobre aquellos departamentos para el control del tiempo y en la creación de nuevas maquinarias. *La imaginación técnica*, los sueños de modernización, racionalización y productivismo, eran puestos en los frigoríficos al servicio del alza del margen de ganancias.

La sierra eléctrica, introducida en la década de 1920, fue una de las invenciones técnicas de mayor perdurabilidad. Es un hecho conocido que las innovaciones técnicas poseen como campo de inspiración y exploración la producción bélica. No en vano, gran parte de estas nuevas tecnologías y la difusión de las modalidades de producción en serie se pusieron en marcha durante el período de entreguerras. La sierra eléctrica al modo de la ametralladora, que sintetiza en un arma la función que podrían prestar cientos de rifles, condensaba en la opresión de su gatillo la fuerza y la materialidad de cientos de cuchillos, sierras manuales y de los brazos de igual número de operarios. Aunque la sierra automática era incapaz de prestar servicio en cortes de precisión, indudablemente aceleraba el descuartizado de la res y facilitaba las separaciones difíciles, especialmente en las zonas endurecidas por coyunturas cartilagosas y estructuras óseas resistentes.

Las herramientas automáticas dentro de los frigoríficos funcionaron como un factor de descalificación de la fuerza de trabajo. Sierra eléctrica mediante, para desarmar un animal no era preciso contar con destrezas manuales, ni con obreros capaces de desplegar gran fortaleza muscular. Por el contrario, bastaba con tener un pulso relativamente firme y saber donde aplicar las cuchillas dentadas del aparato semi-automático.

“Las observaciones realizadas por la oficina técnica y del tiempo facilitaban el reordenamiento de las tareas, las variaciones en los

⁴⁶ LOBATO, Mirta Zaida *El ‘taylorismo’...*, cit.

grupos de trabajo, cambios en los ritmos de labor, afectando las calificaciones obreras y algunos aspectos de las condiciones de trabajo. Al mismo tiempo la presencia de una oficina técnica se vincula también con la cuestión de la mecanización y, si bien es cierto que se traen máquinas, éstas son adaptadas a las condiciones del medio argentino.”⁴⁷

El desplazamiento de la materia prima, por medio de *trolleys*, guinches y norias, permitía a los obreros permanecer en sus puestos, mientras, ante sus ojos y manos, desfilaban los materiales. Esta organización, antecedente directo de la línea de montaje fordista, facilitaba las tareas de los operarios. No obstante, su utilidad para la ganancia de la empresa estaba cifrada en la velocidad en que las piezas fueran preparadas. Las cargas, cada vez más, recostaban su peso sobre la máquina, pero esta aplicación de la tecnología a la producción, lejos de mermar el trabajo del obrero, lo intensificaba y serializaba crecientemente. Las operaciones debían realizarse en unidades de tiempo mínimas. Mientras, la productividad se ampliaba en proporción directa a la explotación y la alienación de los trabajadores.

La repetición insensible del mismo procedimiento mecánico, en infinidad de oportunidades durante una jornada de trabajo, facilitaba las labores, pero al mismo tiempo, aumentaba el extrañamiento del trabajador respecto al producto de su trabajo. Una de las más conocidas consecuencias del trabajo serializado es el desaliento que hace cundir sobre toda suerte de pericia intelectual. La concepción de Taylor, que sindicaba al trabajador como un *simio amaestrado*, como un ser incapaz de pensamiento y reflexión propias, se cumplía sin desviación en las secciones de trabajo menos calificado de los frigoríficos.

“Cada obrero y cada obrera tiene una tarea específica a su cargo y la cumple con rapidez y eficacia. El ritmo de trabajo se mantiene constante e invariable, como si un invisible metrónomo lo fuese indicando al oído de cada operario...”⁴⁸

Los obreros se apropiaron subjetivamente de estas tareas, representando a la fábrica como una máquina satánica, cuyos engranajes íntimamente conectados no podían detenerse en su frenético giro. Las sensaciones que provocan la organización del trabajo y la serialización de la producción, con su mecanización, segmentación de tareas y aumento general del ritmo, son de desasosiego y profunda fatiga física y mental.⁴⁹

Esta forma de poner en marcha la producción procuraba la división interna entre los trabajadores, mediada por la competencia y por un abanico de salarios que se

⁴⁷ LOBATO, Mirta Zaida *El 'taylorismo'...*, cit., pp. 17-18.

⁴⁸ ROMERO AGUIRRE, Manuel A. *Ganadería Argentina...*, cit., p. 126.

⁴⁹ IOTEYKO, Josefa *La ciencia del trabajo y su organización*, Daniel Jorro Editor, Madrid, 1926.

desplegaba ascendentemente en función de los rindes y la productividad. Del mismo modo, se estipulaban diferentes salarios en relación con la calificación requerida por la tarea desempeñada en la fábrica.

Estas particularidades de la producción frigorífica fragmentaron las solidaridades obreras, obstaculizando la formación inmediata de agremiaciones generales, astillando la identidad de los trabajadores y, en definitiva, dificultando la oposición directa de los obreros con la patronal. Uno de los primeros sectores afectados por estos incentivos laborales fue el vinculado con la extracción de los cueros. Los matambros rápidamente recibieron primas a razón del número de cueros que separaban de la carne sin daños. El éxito de estas operaciones, y en definitiva, el incremento del jornal, dependía de la calificación, destreza y experiencia de quienes se entregaran a esta labor. El cuero debía salir sin cortes ni desgarraduras, intacto y limpio. Se trata de una delicada tarea, separar la parte del matambre donde el cuero quedó adherido a la masa muscular.

“...el operario hace gala de habilidad y larga experiencia con el cuchillo, adquiridas tras largos e ininterrumpidos años de trabajo.”⁵⁰

Estos dispositivos debieron ser completados por el disciplinamiento establecido a partir del control y la organización de la tarea fijada por los capataces. Semejante proceso no podía ejecutarse sin la autoridad de quien castiga y concede favores. Aparentemente, el mundo de la fábrica está siempre escindido, se divide entre los que mandan (dan órdenes) y quienes obedecen (las ejecutan). A pesar de la norma, la relación de los obreros con los capataces fue tejida por una notable ambigüedad. Aunque dominara la tirantez y cierto conflicto velado, el hecho de que los capataces se mostraran, en algunos casos, flexibles en el control del trabajo los hacía menos odiosos a ojos de los trabajadores.

El capataz es un intermediario, ante los obreros debe aparecer como alguien que manda, ante sus superiores necesita aparecer como alguien que obedece.⁵¹ En el primer caso cierta flexibilidad en la acción de impartir indicaciones y controlar su cumplimiento puede granjearle la confianza del obrero; en el segundo aparentar una obediencia ciega y rígida a los protocolos fijados por sus superiores puede asegurarle su perduración en el puesto. El capataz da órdenes y al hacer esto ejecuta otras órdenes que, al mismo tiempo, le han sido dadas por otros y, a su vez, esos otros también dependen de otras órdenes, de los movimientos y juegos producidos por otros individuos y grupos que pueden estar sobre, bajo o en plano horizontal con ellos en la escala jerárquica de la empresa y de sus relaciones comerciales. De tal modo que en toda

⁵⁰ ROMERO AGUIRRE, Manuel A. *Ganadería Argentina...*, cit. 120.

⁵¹ GOFFMAN, Erving *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires, 1994.

organización social colectiva imperan las cadenas de interdependencia, las relaciones y las maneras en que éstas son leídas, construidas, transformadas o desbaratadas por los agentes sociales, a partir de un estrecho margen de movimiento, forjan una configuración total sometida a cierta inestabilidad. Asimismo, importa saber qué movilizan y articulan esos encadenamientos sociales.⁵²

Los monitores y capataces de Swift cumplían también con un trabajo alienado, su tarea era verificar que las operaciones se realizaran en ajuste al manual de procedimiento diseñado por las oficinas de planificación. En esos textos, la labor de contralor, ejecutada por el capataz, también, estaba prevista, incluso se indicaba claramente cuáles eran las características físicas y psicológicas que debían tenerse en cuenta a la hora de reclutar a los hombres que ocuparan estos puestos, cuyas relaciones de poder se desplegaban en forma directa con los obreros. Se prefería para el desempeño de roles de control a quienes acreditaran una buena presencia física (robustez), una voz potente, fidelidad a los superiores y capacidad de mando. El capataz quizás sea el producto más hibridado que emergió de la organización fabril moderna. En su figura confluyen simétricamente las presuntas antinomias entre mando y ejecución que son típicas de las organizaciones sociales con fuerte división del trabajo y jerarquías definidas. Trabaja en un terreno poco firme, su figura, al mismo tiempo, está al borde de una consolidación monolítica y de la disgregación irreversible, el equilibrio entre esos polos es su arte terrestre.⁵³

Efectivamente, esta forma de modernidad racionalizadora e instrumental y sus puntos de fuga estipulados por el taylorismo, tuvo en la Argentina su consagración en el interior de las catedrales del *Corned Beef*. El frigorífico Swift desempeñó un rol preponderante en tamaña tarea. Las exportaciones de carne crecieron, las instalaciones se ampliaban junto con el perfeccionamiento de los sistemas de gestión de la fuerza de trabajo. Los cimientos de las enormes estructuras cúbicas de cemento, el combustible de sus chimeneas humeantes estaban contruidos por un sinfín de brazos anónimos y ojos cansados que cada mañana se apiñaban en el portón de la fábrica. Esos hombres y mujeres perseguían un salario y, en algunos casos, llegaban a hallarlo, a cambio debían entregar parte de su vida y voluntad en medio del fragor de las máquinas, entre el insoportable calor de las calderas de cocción y la temperatura paralizadora de las cámaras frías.

⁵² ELIAS, Norbert *La sociedad de los individuos*, Península, Barcelona, 1990.

⁵³ LATOUR, Bruno *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

